

# Loca coincidencia

Patricia Ortiz Herrejón



## AGRADECIMIENTOS

El agradecimiento es la memoria del corazón y con este escrito, mi corazón ha recobrado la memoria.

Lao Tsé

Ésta no es una obra de ficción, aunque por momentos quisiera que lo fuese y que los personajes con nombres imaginarios por cuestiones éticas hubieran podido escapar del dolor de sus historias. Ni la pluma de la autora con su mejor intención pudo borrar en ninguna de sus protagonistas un recuerdo, una fecha, una herida, y, menos aún, “ese otro”, causa del daño irreversible que se convirtió en el personaje central de este relato.

Como terapeuta, a veces me descubro en la omnipotencia de intentar pintar de colores lo que a todas luces es de un negro intenso. Si se pudieran medir los éxitos en la terapia, intentaría que los pacientes consiguieran que esos opuestos irreconciliables pasaran por el tamiz de los grises y que, al finalizar el proceso, emprendieran su vida solos, con la edición de su historia en tonos más sutiles y más sencillos de lidiar. Ni una vida color de rosa a la que se tengan que aferrar para sobrevivir, ni tampoco la negrura de la desolación y la desesperanza.

Siempre he creído que los opuestos, blanco o negro, bueno o malo, éxito o fracaso, etc., son como enclenques asideros que empuñamos para no caer al precipicio de la desesperación y el miedo; que explorar nuestro inconsciente nos va dando la posibilidad de acercar esos opuestos e integrarlos a nosotros para movernos de

manera más sana en el camino fortuito de la ambivalencia. Mientras no nos atrevamos a soltar esas frágiles barandas del puente colgante de nuestra vida, y verdaderamente nos lancemos en un salto al vacío, seguiremos en la vivencia perenne de la fragmentación emocional.

Este escrito pretende mostrar el cruce de caminos de tres mujeres, de tres generaciones diferentes que se ven unidas por la sincronicidad de un objetivo común: el conocimiento de sí mismas.

La vida, Dios, el destino, como cada quien quiera nombrarlo, colocó a Maruza, Patricia y Amanda en momentos y situaciones inesperadas que las llevaron a coincidir en los mismos lugares, con iguales terapeutas y circunstancias de vida similares, con lo que se entretejió una historia común que me resulta digna de contarse.

En la narración varios párrafos aparecerán entrecomillados y en cursivas, ya que fueron transcritos literalmente de los libros auténticos de sus autores, y en los casos explícitos de Maruza y Amanda existió, además, la posibilidad de solicitar su consentimiento para escribir sobre ellas, aunque por el respeto que me merece su trabajo personal de terapia, los lugares, nombres y personajes fueron cambiados con el fin de proteger su identidad.

Va para Maruza, dondequiera que se encuentre, mi sincero agradecimiento por haber compartido conmigo su valiosa intimidad. Fue una paciente que me honró con su experiencia y su confianza. No siempre se tiene la posibilidad, en esta profesión, de ver en consulta a una persona que, a sus setenta y cinco años, todavía tuvo la presencia de ánimo y la pasión de explorar dentro de sí con la misma inocencia y disposición de quien empieza su camino. Estimulante, creativa y generosa, me brindó la posibilidad de crecer como persona y como terapeuta.

Años después, en su lecho de muerte, pude decirle al oído que estaba cierta de haber hecho algo muy bueno en otra vida como para que, en ésta, me hubiera tocado el privilegio de que, sentada

frente a mí, me confiara parte invaluable de su historia. Le reiteré mi agradecimiento por permitirlo.

Ya sin que me oyera con los oídos del cuerpo, pero sí con los de su alma, le agradecí que simbólicamente me dejara en su lugar a Amanda, su sobrina queridísima, que con cincuenta años de diferencia, se había convertido en poco tiempo en esa otra paciente cuyo compromiso y entrega a su proceso terapéutico consiguió que yo lograra hacer una mejor versión de mí misma.

Gracias también a ti, Amanda.



## SINCRONICIDAD, CASUALIDAD O COINCIDENCIA...

La coincidencia es la arquitectura oculta de la realidad.

Carl Gustav Jung

Cuánto trabajo de introspección, cuántas dudas y dolor para llegar a percibir un orden y un plan detrás de todo lo que me sucede. A veces fantaseo con la mano de quien se tomó la molestia de trazar mi libreto y diseñar acontecimientos que en su momento me parecieron accidentales e irrelevantes, y que con el tiempo se fueron convirtiendo en factores indispensables para la composición de una trama coherente y que, hoy por hoy, forman en su totalidad una gran sinfonía que se estructura inconscientemente con todo lo demás...

Mi deseo de conocer acerca de la sincronicidad surgió de una serie de sucesos existenciales que me llevaron por caminos que nunca hubiera pensado. No sé realmente si cada uno de estos hechos tenga alguna significación profunda, lo cierto es que me brindan la posibilidad de darme cuenta de que voy por el camino indicado: mi propio camino, mi guión personal, los guiños que por suerte me manda el universo.

Tal vez la relación entre Maruza, Amanda y yo esconda una razón insondable. Posiblemente el motivo de tal sincronía sean las coincidencias que ocurrieron entre las tres y que generaron la narración de este relato, además de una cadena de enlaces y enigmas;

o tal vez, desde el fondo, exprese que estoy lista para experimentar la sincronicidad de manera consciente y así ponerme en contacto con esa parte abandonada que, en el transcurso de mi vida, se ha querido manifestar a través de simbolismos; algo que me deja la interrogante de cómo mi mente fue capaz de materializar una progresión de eventos, aparentemente externos, en los que se reflejara el inconsciente colectivo de este pequeño grupo de personas que coincidió en mi vida para hacer de mí una mejor persona: creativa, intuitiva y con la necesidad constante y consciente de despertar mi propia razón de ser.

Las coincidencias han sido el común denominador persistente a lo largo de mi historia. Quien verdaderamente me conoce y ha estado cerca, también ha sido testigo de la serie de hechos “supuestamente extraños” que me acontecen y que, por lo común, no debieran estar conectados, pero que el universo, de maneras misteriosas, reúne y hace de ello algo extraordinario.

Después de observar una coincidencia tras otra, decidí escribir sobre una en particular, la que ha marcado significativamente mi misión en la vida: acompañar a otros a pasar de la oscuridad a la luz de su propio conocimiento.

El tiempo y mi trabajo me han mostrado que nada de lo que ocurre es independiente ni tampoco completamente fortuito. Lo que me parece más real es que se presentan eventos sin causas explicables en apariencia y que somos nosotros mismos quienes, de acuerdo con nuestra conciencia, damos significado a las coincidencias que vivimos.

Creo que a todos nos ha pasado una circunstancia tan improbable que nos resulte sorprendente y mágica; conexiones entre sucesos o información y personas que trascienden la realidad convencional, como si los acontecimientos que nos acompañan en la vida pendieran de transparentes filamentos que podemos percibir ocasionalmente, y eso a condición de estar despiertos o al menos intentar estarlo.



Después de haber recurrido a técnicas terapéuticas de diversas corrientes psicológicas, la sincronicidad misma me llevó con una analista junguiana; ahí me enamoré de esa forma de hacer terapia y pude poner nombre y forma a lo que por años me venía sucediendo y que otros terapeutas habían intentado minimizar o de plano descalificar. Ahí se me abrió una perspectiva de la vida a un mundo para mí desconocido hasta entonces.

Supe que Jung hablaba de la sincronicidad como “la ocurrencia temporal coincidente de eventos a-causales”, aunque fue mucho más allá de esta descripción al afirmar que toca y se entronca con los campos más profundos de la mente humana, siendo en muchos casos una manifestación externa del inconsciente colectivo que a veces se materializa a través de símbolos. Él creía que las “coincidencias” no sólo estaban gobernadas por el azar, sino por una dinámica más profunda, una realidad unificada subyacente, de la cual todo lo que vemos emerge y a la cual todo regresa.

El motivo de esta narrativa, y lo interesante en ella, son las coincidencias, las experiencias que se rozan entre sí, las historias que se repiten y cómo los personajes las viven y las relatan. De seguro, muchas de las personas que la lean habrán sentido el asombro de descubrir que una coincidencia en sus vidas tiene un sentido oculto, aunque aún no lo hayan descifrado. A veces resulta inexplicable descolgar el auricular del teléfono y escuchar la voz de quien apareció en nuestro sueño la noche anterior; o encontrar en un anuncio espectacular de la calle o en un puesto de periódicos la palabra precisa que buscábamos como respuesta a un problema que mantenía ocupada nuestra mente. Aunque nos parezca extraño, tales hechos podrían estar tratando de comunicarnos algo, “algo que va más allá de la trivialidad cotidiana en la cual generalmente nos movemos”.

Como anécdota final quisiera relatar una de las experiencias puntuales de sincronicidad que contaba en sus conferencias la doctora Irene Gad, analista junguiana:

La tarde en que Jung murió, una gran tormenta eléctrica estalló sobre su casa en Künsnach, como si la naturaleza misma se hubiera movilizado a reconocer el evento. Y casi justo en el momento en el que murió, un relámpago atronó su árbol favorito en el jardín que él amaba.

Algunos años después, Laurens van der Post estaba haciendo la película sobre la vida del analista, y la última secuencia se filmaría en la casa del propio Jung.

Cuando llegó el momento de hablar directamente a la cámara sobre su muerte y empezar a describir cómo un rayo demolió su árbol preferido, en ese instante otro rayo cayó en el jardín. El relámpago sonó tan fuerte que se produjo en todos un sobresalto indescriptible.

Como se sabe, el relámpago es el símbolo de la divinidad suprema en diferentes culturas y evoca una especie de muerte luminosa. El árbol, evidentemente, es el símbolo más común de la vida. Jung se habría servido un festín simbólico para analizar esta, su última sincronicidad. De cualquier forma, parece un tributo merecido del universo, un broche de oro que el padre de la sincronicidad haya dejado el mundo en medio de un evento tan especial.

Así como personas que conocimos por casualidad se convirtieron en agentes decisivos en la estructuración de nuestra vida, también nosotros hemos servido inadvertidamente como agentes de cambio, dando sentido a vidas ajenas. No hay hechos casuales, todo viene de algo y se dirige hacia alguna parte. La ciencia, inteligentemente, busca “el porqué” de los fenómenos que nos rodean. Hay explicaciones para el día y la noche, para las distintas estaciones del año, para el milagro de la germinación de una semilla, para la gestación de la vida física, para el rumbo de los ríos hacia el mar, para las nubes que se agrupan y luego se disuelven en gotas de lluvia...

Pero cuando nos topamos con el misterio, cuando nos faltan explicaciones y es pobre nuestra comprensión, preferimos la muletilla

de la casualidad antes que conceder la presencia latente de una ley causal que aún debemos desentrañar.

Cada uno de nuestros actos tiene una razón. Cada gesto, cada sonrisa, cada lágrima, cada impulso de valor, cada sensación de fuerza interior, cada sentimiento de compasión y amor vienen de semillas de sus mismas naturalezas. Y cada uno de nuestros actos también genera un efecto que será igualmente de la misma naturaleza en lógica concordia. El amor viene del amor y genera amor; el odio viene del odio y, por tanto, lo genera.

A fin de cuentas, sin casualidades y con causalidades, somos responsables de nuestro propio destino y debemos asumir el compromiso de ser capaces de construir día a día un sentido superior en nuestras vidas.



## PALABRERÍA

Me interesa el futuro porque es el sitio donde voy a pasar el resto de mi vida.

Woody Allen

Llegó puntual. Conservadora, elegante aunque casual; uno que otro detalle de adorno realzaba su estilo de buena cuna y su andar por el mundo. Bolsa sofisticada de piel de cocodrilo de calidad impecable acompañada por un par de zapatos de agujetas, poco vistos en nuestro país, y que no dejaban duda de su gusto por la comodidad, la elegancia y los viajes. Una mujer que a simple vista daba la impresión de ir por la vida bien plantada.

Sin mucho preámbulo expuso su problemática; clara, contundente, precisa. De no haber hablado con anterioridad con Sergio Piana, mi amigo, colega y psiquiatra, quien me la remitía para acompañarla en uno de tantos episodios depresivos, hubiera supuesto que no tenía nada que hacer en mi consultorio.

Detalló un previo y prolongado proceso terapéutico con Ambrosio Campirelli, el afamado psicoanalista de los intelectuales, pero no hacía referencia al motivo de su solicitud de ayuda. Mostraba por el contrario una mente repleta de respuestas racionalizadas que para su edad cronológica y mi edad como terapeuta, confieso, me causaron pánico. Mientras hablaba sin parar, para mis adentros me hacía miles de preguntas: ¿qué le podré aportar a esta mujer que viene con tantos argumentos aparentemente elaborados?, ¿regresará la semana siguiente?, ¿se dará cuenta de que

entiendo la mitad de lo que dice, no sólo por cómo se expresa, sino porque su cultura rebasa por mucho mis conocimientos? Eso sin tomar en cuenta que salpicaba su conversación con expresiones en latín, francés e inglés principalmente, dando por hecho que su discurso me resultaba comprensible. Aparte, lo hacía con tal naturalidad que me tenía encantada, ni siquiera se veía sofisticada o con pose alguna.

El que se tratara de una experta lingüista, trabajara como asesora de la Presidencia y antes como cónsul de la embajada de México en Londres y que fuera maestra visitante en la Universidad de Hungría, además de ser profesora titular en una de las mejores universidades de nuestro país, me hicieron acobardarme, sentirme chiquita y temerosa de recibirla como paciente. Establecí todas las trabas posibles para que tomara la decisión de buscar una mejor alternativa; propuse horarios que suponía difíciles; elevé mis honorarios a lo que jamás había cobrado y, aún así, decidió quedarse; encima, al despedirse, sin que yo hubiera intervenido más allá de lo estrictamente indispensable, me estiró la mano cordialmente y me dio las gracias por lo bien que la había hecho sentir.

En mis notas posteriores a la sesión, resumí que se trataba de una viuda de setenta y cinco años, con una posición económica solvente que no sólo le permitía vivir con comodidad, sino que le alcanzaba para sus tres grandes pasiones: viajar, comprar libros y escribir.

Me habló de haber nacido y vivido siempre en la colonia Condesa. Provenía de una familia de abolengo: los Estebanez Romo de Vivar. Era la tercera de una familia de cuatro hijos, donde le tocó ser la única mujer: Alonso, el mayor, abogado como su padre y compartían hasta el nombre; Leonardo, arquitecto y director, en ese entonces, del Colegio de Arquitectos de México; y Patricio –Pateco para todos–, el más pequeño y su adoración, con carrera diplomática, era embajador de México en un país europeo que nunca puedo recordar.

Maruza –María de la Asunción, en honor a la Virgen María– vivía con el peso incómodo de llamarse como su madre, aunque ella odiaba los diminutivos. Su madre, en cambio, se hacía llamar con orgullo doña Maruquita Romo de Vivar de Estebanez, y pobre de aquel que osara decirle María, porque indignada decía, despectivamente, que “ése” era nombre de criada.

Había sido remitida a terapia por estar cursando uno de tantos episodios depresivos; en el actual, la causa explícita estaba asociada a severos problemas con su autoridad en la Coordinación de Intérpretes de la Presidencia, donde tenía como jefa nada menos que a Regina Iturbide, reconocida escritora con la que, desde años atrás, ya se vislumbraba una relación de amor-odio y de profunda competencia, aunque inconsciente todavía para Maruza, lo que la convertía inexorablemente en la víctima.

Según aseveró con gran desplante, todos sus demás problemas ya estaban resueltos gracias a sus reiterados periodos de psicoanálisis a lo largo de años y a la ayuda de su adorado doctor Piana, quien por temporadas la mantenía bajo estricto control médico, esencialmente a través de antidepresivos y ansiolíticos. Con regularidad sufría crisis de angustia y “severos ataques de tristeza”, como solía nombrarlos. No obstante, fue su última frase antes de despedirnos la que me dejó ver el camino que tomaría su proceso terapéutico, si es que decidía continuar: “Doctora, quiero profundizar exclusivamente en mi relación de trabajo, en especial con mi jefa. A estas alturas de la vida, por favor, ino me vaya a salir usted con que odio a mi madre!”, con lo cual ya me estaba marcando una muy oportuna directriz.

Me habló con énfasis de su vocación por la alegría, de su sensibilidad a los ruidos, a los malos olores, a las pesadillas infantiles, así como de su afición por la naturaleza, el sol, las flores, el arroz con leche, la música, el recitar, hacer travesuras y jugar. Se describió como amante de las palabras, al grado de que al preguntarle uno de sus tres primeros recuerdos de infancia, como acostumbraba

solicitar Erich Fromm en la primera entrevista a sus pacientes, lo que espontáneamente vino a su memoria fue su padre diciéndole: “Maruza, hijita, no hables tanto que nos aturdes”.



## PUNTO DE ENCAJE

Un guerrero tiene siempre presente esta pregunta:  
¿Tiene corazón este camino?

Carlos Castaneda

Confieso que me cautivó su experiencia; no se digan sus setenta y cinco años y, todavía más, su peculiar manera de darse a conocer. Me preocupó lo que sentí al despedirnos: quedé fascinada. Mi supervisión de esa semana con el doctor Weber, obviamente la dediqué a ella.

–Cierra los ojos, Patricia, y dime qué sientes al pensar en esa mujer –me dijo el doctor Weber, como acostumbraba cuando le llevaba un nuevo caso a supervisión; más, al tratarse de la primera sesión.

–Sólo sé que la inteligencia de esta mujer me cautivó, doctor.

–Para variar, estás de nuevo en tu cabeza –me dijo bruscamen-  
te–. No te pedí que me dieras tu opinión, sino que me dijeras lo que sientes.

–¿Qué acaso el que me haya atrapado no es un sentimiento?

Levantó su mano derecha, sacudiéndola como si quisiera quitarse alguna basura de encima del saco y, haciendo ademanes muy displicentes, me dijo:

–¡Bueno, bueno, siempre encuentras una manera de defenderte!

–No intento defenderme, sólo que no encuentro cómo expresar-  
le que esta mujer me sorbió los sesos, me pareció una persona muy interesante, con una vida atractiva y con muchas cosas que decir.

—Date cuenta de que sigues hablándome de ella y no de ti —re-pitió ya más irritado que de costumbre.

Para ese momento yo estaba furiosa, no sabía cómo responder para darle gusto y que pudiéramos continuar adelante con la supervisión. Hice un nuevo intento que, por fortuna, resultó más positivo.

—Pues... mire doctor, durante la entrevista sentí pánico; me vi como una escuincla inculta e ignorante como para recibir a una mujer tan preparada, e intuí que no regresaría o quizá lo deseé. Es más, le cobré lo mismo que usted me cobra para ver si eso la hacía desistir de quedarse conmigo. Aún así, aceptó, lo que me hizo sentir todavía peor por juzgarme abusiva y desleal.

—¡Vaya! Por fin hablas desde tu sentimiento. Ahora, sin salirte de ese espacio, ya me podrás decir a qué crees que vino esta mujer a terapia. Obviamente no te habrás creído el cuento de lo de su jefa, o ¿sí? Recuerda que en nuestra profesión, “el cliente nunca tiene la razón”.

—Honestamente, sí le creí, doctor. Me dio santo y seña de lo que a diario padece con ella; le creí lo de sus ataques de pánico y su ansiedad, aunque pienso que el problema real me lo dijo al final y sin que se lo preguntara: no quiere odiar a su mamá, lo que significa que ya la odia y tiene pavor a tocar sus...

—¡Para, para! Ya estás “psicologizando” de nuevo —dijo, para variar, en tono irónico el doctor Weber—. Parece que no has aprendido lo que te he venido diciendo por años. En la primera sesión, no interpretes, no juzgues, no te vayas al problema. Si te pido que cierres los ojos y te dejes sentir lo que experimentaste al estar frente a tu paciente, es para que desarrolles tu intuición, te abras a experimentar el problema dentro de tu cuerpo, te conviertas en la flor, como le enseñó Suzuki a Fromm, y no trates de cortarla ni diseclarla como hacen los occidentales para saber de qué se trata; eso es lo que estás haciendo frente a mis narices. Te he pedido que intentes sentir cuál es su “punto central humano”;

qué ha movido en la vida a esta mujer para llegar hasta ti y decirte que no quiere odiar a su mamá. Eso que me dices, entiéndelo de una vez, Patricia, es lo obvio. ¿Qué vive esta mujer, qué siente, por qué permite que la maltrate una igual que se dice su jefa? Eso es lo que queremos saber: “su punto de encaje”, como lo llama Carlos Castaneda. ¿Recuerdas cuando, en su libro *El fuego interno*, el nahual le hace ver cómo debía propiciar el movimiento para llegar a tener una percepción distinta del mundo y de sus circunstancias?

Ten presente, Patricia, cómo el desplazamiento del punto de encaje es uno de los logros fundamentales del guerrero, y será uno de tus retos esenciales con ella. Si logras que Maruja, o como se llame la mujer, pueda acceder a “la otra realidad”... al mundo del nahual, habrás triunfado. Sin embargo, uno de los principales impedimentos para percibir la energía tal como fluye en el universo está dado por la importancia personal y, ¡ojo!, esta mujer te está planteando una importancia personal exagerada y con ello tendrás que enfrentarte; no pelear, sólo ayudarle a que la vea, porque está fija en su punto de encaje y, por la cantidad inmensa de energía que emplea para preservar su importancia personal, no puede desplazar ese punto a ningún otro lugar, ni puede emplear el ensueño como medio para conocer “otros mundos” tan reales y ciertos como éste.

No le tengas miedo. Enséñale a observar a la Madre Tierra. Llévatela al campo y muéstrale cómo “pegar de saltos”, observen juntas un gran árbol y dense cuenta de cómo “no crece de la noche a la mañana”, un guerrero no surge en forma instantánea, sino como resultado de un proceso firme y sistemático... de una disciplina férrea; es la que produce con el tiempo, la transformación necesaria. “Caminante no hay camino, se hace camino al andar...” ¿Recuerdas cómo llegaste conmigo? Otro día lo abordaremos para que te des cuenta en qué lugar tan distinto te encuentras ahora. Pero, por lo pronto, no nos desviemos...

—Doctor —le dije con miedo—, creo que el punto central humano de Maruza tiene que ver con el arraigo; ella no se ha podido separar de su madre, se quedó pegada a ella creyéndose libre e independiente, cuando en el fondo es una niñita en la búsqueda constante del afecto y del reconocimiento. Pienso que por eso la relación con su jefa sólo ha venido a remover esa problemática oculta que, seguramente, en sus otras terapias ha sabido esquivar.

—Creo que te acercas un poco más, aunque todavía te oigo yéndote por lo obvio, por lo que ella misma te dijo. No oigo a la Patricia que se aventura como tantas otras veces, a pesar de su miedo, a equivocarse y a dejarse vapulear por mí, se arriesga, saca su esgrima mental y entra con fuerza a la confrontación y al desafío. Te oigo timorata y miedosa, ¿acaso eso no te dice nada...?

—¡Es el miedo! Sí, doctor; el punto central humano de Maruza es el miedo. Miedo a ser, a no ser, a vivir, a morir, a separarse. Ahora veo por qué me costó tanto trabajo ponerlo en palabras, porque desde que se sentó frente a mí, lo único que sentí fue miedo y, ¡claro!, me fui con la finta de que el miedo era mío y, en realidad, lo que experimenté contratransferencialmente durante toda la sesión fue pánico; su pánico.

—¡Vaya!, creo que ahora sí estás lista para ver a esta mujer. De lo único que tienes que estar alerta es de no dejarte seducir por sus palabras. Es una maestra de la manipulación en toda la extensión de la palabra. Ahí como la ves, aparentemente sumisa y tranquila, va a intentar por todos los medios de aturdirte con su palabrerío. También te lo está advirtiendo: ya desde niña lograba aturdir hasta a su mismísimo padre. Seguramente lo logró en sus terapias anteriores y por ello se tuvo que ir, porque perdió la confianza. En apariencia se fue triunfante porque les ganó a sus analistas, pero en el fondo sabe que perdió y por ello sigue buscando.

Le di las gracias al doctor Weber por la claridad a la que me llevó, aunque por dentro sentía la adrenalina que me hacía querer

estrangularlo. Jamás pude entender por qué tenía que usar maneras tan autoritarias y despectivas para compartir sus conocimientos.

Era un hombre tan engreído y displicente, que su sabiduría se nublaba ante tanta arrogancia. Ese día, sin embargo, salí agradecida; su ayuda había sido muy valiosa.

## LA MUJER DE LAS TERSAS FLORES

La relación es lo que realmente cura.

Irvin D. Yalom

Sí regresó. En punto nuevamente, aunque en esta ocasión con la tristeza a cuestas. Algo que escapaba a su comprensión le había sucedido durante la semana. Aseguró que tenía que ver con su sesión anterior; no encontraba el hilo conductor para llegar a sus sentimientos: “¡Qué bueno que vengo así, doctora!, o ¿le puedo llamar Patricia? Creo que de esta manera podré salirme un poco de los títulos con los que siempre me he manejado y que, aquí entre nos, Patricia, detesto profundamente. Mi padre, el licenciado don Alonso Estebanez, jamás prescindió de semejante costumbre. Me decía: hoy comí con tu padrino, el notario don Anselmo de los Cobos que, por cierto, me pidió le diera un beso a su encantadora princesa. Ya para cuando papá había llegado al fin de sus interminables frases y piropos, se había olvidado del encargo de mi padrino, que quedaba suspendido en medio de semejante palabrería, y me enojaba que asegurara que la que no paraba de hablar era yo”.

Para ese momento, yo también me había perdido en su relato. Pocas sesiones bastaron para darme cuenta de que los paréntesis de Maruza podían llevarme a un mundo fascinante, lleno de recovecos y sinuosidades de los que me costaba regresar ecuánime. La voz de mi supervisor venía a mi mente, por supuesto, instándome a no dejarme seducir por el canto de la sirena.

–Retomando su sentimiento, Maruza, oigo que tiene la certeza de que su tristeza se relaciona con nuestra sesión anterior. ¿Tiene alguna intuición al respecto?

–Pues veré, Patricia, hace mucho tiempo nadie me había escuchado como lo hizo usted; pude experimentar algo nuevo, sentí como si me escuchara con algo que no fueran los oídos, como si me escuchara desde la piel. Tuve la fantasía de que mis palabras eran recibidas por cada uno de sus poros, y en la noche tuve un sueño que me confirmó que, indudablemente, tenía que ver con usted.

–¿Quisiera contármelo, Maruza? Estoy segura de que el primer sueño que trae un paciente a su proceso de terapia es el punto de partida para ir mapeando su inconsciente.

–Por supuesto... Estaba yo en un país extraño donde todo me resultaba desconocido: el idioma, las costumbres, el volumen de las voces, la expresión de los rostros y su color; de pronto veía a una mujer joven que compraba flores en un puesto de la calle. Lo hacía con tanta pasión que no podía dejar de poner mi atención en ella. Elegía las flores de una manera que convertía el acto en un rito en el que me iba envolviendo con tan sólo mirarla.

Escogía cada una bebiéndose segundo a segundo todo el tiempo del reloj; la tomaba entre sus manos, la olía, la acariciaba, la colocaba con suavidad extrema sobre el papel encerado en el que se las llevaría, hasta sentirse satisfecha con su selección. Una vez envuelto y pagado el ramo, lo tomaba con fuerza con su mano derecha y emprendía camino abajo, con seguridad tal que podía oír cada paso sobre el robusto silencio de esas calles adoquinadas.

–¿Y qué le hace estar tan segura de que su sueño tiene que ver conmigo, Maruza?

–Porque eso fue lo que experimenté en mi primer contacto con usted, Patricia. Podía sentir la pasión con la que tomó cada una de mis palabras; como si las acariciara, como si de verdad se diera el tiempo de escuchar cada sonido que salía de mi boca; como si

su juventud le permitiera darse el lujo de alargar el tiempo para escucharme sin prisas, sin oídos, desde un espacio diferente que no tiene relación con los sentidos.

Sabe... me escuchó con el alma, Patricia, con el alma. Estoy cierta de que esa joven del sueño era usted, porque aunque no dijo muchas palabras en nuestro encuentro, su actitud desbordante lo dijo todo. No con la grandilocuencia de mi anterior analista, Campirelli, ni con el diagnóstico de mis patologías de nuestro querido Sergio Piana, pero en la intimidad y desde mi inconsciente, supe que era usted.

—¿Puedo saber qué siente al relatarme el sueño?

—Lo mismo que sentí ese día al despertar. Me dije: ¡Maruza, llegaste a tu país! Alguien finalmente entiende tu lenguaje.



## ¡ESTA VEZ, TÚ GANAS!

La esperanza es el sueño del hombre despierto.

Aristóteles

Cada palabra con la que Maruza relataba su sueño hacía que mi incredulidad y mi asombro me sobrecogieran el alma. Mi mente daba vueltas sin que pudiera detenerla; no sabía qué nombre ponerle a lo que estaba sucediendo; ¡coincidencia, tal vez?! Tampoco sabía si tenía que encasillar aquello que escuchaba o sólo dejarlo fluir. Todo tenía que ver con el sueño que me había despertado esa mañana y que anoté de inmediato para mi supervisión con el doctor Weber. No me cabía duda de su relación estrecha con Maruza, aunque tampoco quería precipitar una interpretación superficial e infundada.

Me veía en la ciudad de Budapest, lugar que jamás he visitado, pero a pesar de ello, las caras, los olores, las calles, casi todo me parecía familiar. Me gustaba, me sentía como en casa. Lo único diferente y que llamaba mi atención con gusto y con sorpresa, era que a distancias muy cortas –dos o tres cuerdas quizás– había puestos de flores; pequeñas carretas cuajadas de colores, con mucha gente como abejas alrededor, esperando a ser atendidas. Me detenía a observar de lejos a una mujer mayor que con gran avidez tomaba una flor y otra y otra más y con ansiedad iba armando un embrollado ramo de todas y cada una de las flores en exhibición.

La joven mujer que la atendía se veía un tanto inquieta y hasta con miedo por la premura de la vieja, que de manera tan

vehemente realizaba su compra, pedía que le amarraran su ramo y, una vez pagado, lo tomaba efusivamente y seguía calle abajo con determinación y arrojo.

Recuerdo en esa sesión al doctor Weber asombrado; por primera vez aceptaba “algo” como coincidencia. Él era muy suspicaz cuando yo hablaba de coincidencias. Siempre desconfiaba de lo que intentase explicarle como tal, se mostraba receloso e indiferente; sin embargo, ese día y muy espontáneamente dijo: “¡¿Qué gran coincidencia, no crees...?!” Ya para cuando lo había soltado, él mismo sonrió socarronamente, al tiempo que aceptaba: “Está bien, iesta vez, tú ganas!”

No se trataba de ganar o no, sólo de hacerle sentir que no siempre todos los eventos de nuestra vida tienen una explicación lógica, racional o académica.

Estábamos ante la presencia de un fenómeno inconsciente en el que ambas –paciente y terapeuta– teníamos un sueño casi igual, pero narrado y vivido desde la perspectiva de nuestro primer encuentro. Maruza en su sueño me veía como a esa joven mujer que acariciaba las flores, dándome todo el tiempo para fabricarle su ramo; y yo sabía que, por el contrario, aquella mujer mayor que con avidez y precipitación formaba un enmarañado manojo, era ella. Igual que en su primera sesión: yo inquieta y con miedo y ella saltando de un tema a otro.

Ella sentía que la escuchaba con el alma igual que si acariciara las flores con pasión y suavidad y yo la percibía en la confusión y el ocultamiento, como quien hace un relato caótico parecido a un ramo de flores enmarañado y revuelto.

## HISTORIAS Y MÁS HISTORIAS

Dicen que las coincidencias no existen. Más bien existe el deseo por tenerlas.

Bernardo Serrano Ll.

—Ni siquiera merecí el título de sietemesina, Patricia. Después del parto, mi madre, que por poco muere, siempre se refirió a mí como “la niña”, como ese bulto que le significó un estorbo y al que había que alimentar a cuentagotas con leche maternizada. Mi madre, desde entonces, era fría como las mismísimas columnas de mármol de nuestra casa de la Condesa:

una casa grande y fortificada, cómoda e higiénica, pero fea, complicada y extravagante, como esas colchas formadas de parches cosidos entre sí. Tenía dos patios, varias cocheras, pesebres para el tronco de caballos, habitaciones suficientes para la servidumbre y varias accesorias hacia la calle... El afrancesamiento reinante apenas si entró en aquella casa, que siguió la tradición de las antiguas mansiones mexicanas: patio principal de grandes losas de piedra; pozo con noria de malacate; arriates florecidos en torno... escalera monumental de ida y vuelta hacia el alto corredor y las habitaciones de la familia... Además, su sobrepoblación de antiguos cristos, santas y santos mártires, le daba aire de iglesia de novenario y penitencia.

Era como una prisión escalofriante, Patricia, *con todo ese montón de cerrojos, pasadores, pestillos, candados y trancas.*

Cuando la escuchaba en sus relatos, era difícil no perderme de aquello que simbólicamente y entre líneas trataba de expresar.

Poco a poco me fui dando cuenta de su profunda confusión. Su fascinación por los detalles la desviaba continuamente del hilo conductor hacia sus sentimientos. Se sorprendía cuando, sin esperarlo, la interrumpía para preguntarle: “¿Hacia dónde vas con todo esto, Maruza, qué es lo que realmente quieres que sepa de ti?” Imposible apartarla de sus múltiples tablas de salvación, se aferraba a ellas con tal frenesí que yo sólo regresaba una y otra vez a la directriz del doctor Weber y me repetía internamente: recuerda su miedo, recuerda su miedo; lo demás son historias, atrévete a vivirlas con ella, pero recuerda su miedo...

Almidón en las sábanas, colonia Jean-Marie Farina, baños de tina, boiler de leña, director espiritual, nana, Congregación Mariana, Caballeros de Colón, Movimiento Familiar Cristiano, Liga Mexicana de la Decencia, Catecismo del padre Ripalda, recortes de caramelo comprados por kilo en Larín, el Buick de siete asientos, teléfonos Ericcson y Mexicana, las tiendas elegantes: Maria Pavignani, La Femme Chic, Kamchatka y La Pompadour, los baños turcos del hotel Regis.

eran algunas de las referencias con las que Maruza salpicaba semanalmente sus sesiones de terapia.

Además de su obsesión de antaño por lo moral y el pecado, el cuarto mandamiento se convirtió en el primero y quizás único mandato divino: “Honrarás a tu padre y madre...” –me decía con enojo—. Sólo muchos años más tarde llegué a pensar que faltó la justa contrapartida: “Respetarás a tu hijo”. “No te basta con ser un marimacho que en casa no sirve para nada”, “quien ama el pecado, muere en el pecado”, “ahora hasta te gusta hacerla de víctima para ponerme en mal con tu papá...” Frases y frases repetidas de memoria que dejaban al descubierto las heridas con las que Maruza transitaba por la vida y que ocupaban un espacio importante en su relación conmigo.

Hablaba de su salud y de cómo su madre tendía a etiquetarla de precaria, más con el afán de hacerla un ser manipulable. Su problema, según refería y por lo que la tachaban de flacucha y enfermiza, se debía más a su obsesión por la muerte. Adelgazaba a pesar de los vasitos de Quina Laroche y las dosis diarias de Emulsión de Scott. Su obsesión estaba lejos de tener que ver con su estado físico, era la expresión oculta de la rabia acumulada y que durante toda su vida sólo se había manifestado a través de fuertes sentimientos de culpa y de sus famosos ataques de tristeza. Similar a los muchos cerrojos en casa, la madre, con su rechazo implacable y su rivalidad, había logrado imponerle varios en su alma.

De adolescente se sintió asaltada por toda clase de sentimientos contradictorios, fantasías eróticas y sublimes que la despertaron a una vida en la que no encontró alguien que de verdad pudiera guiarla. Se sintió conducida por libros sagrados y por una lista interminable de curas que entraban y salían de su casa de la Condesa como si se tratara de su propia sede parroquial.

Su libertad la encontraba fuera de casa, refundida en sus libros o en su colegio de monjas inglesas en donde estudiaba la secundaria, llena de fantasías eróticas, ilusiones juveniles, regalos y halagos de su amado padre; zarzuelas y comedias blancas de las hermanas Blanch en el Ideal, sus viajes en el vagón especial a Estados Unidos, su primera aventura en avión, el cinturón de víbora en el que el padre lleva sus centenarios de oro, etcétera.

Guardadas las diferencias, su historia no hacía más que estamparame la mía: colegio de monjas españolas en donde hacer fiestas en casa se convertía en desgracia; cualquier pecado que se pudiera cometer en ella representaba una responsabilidad personal por tratarse de nuestro hogar. Misa y comunión diarias con la consabida confesión previa. ¿Cómo librarse de los sentimientos de culpa, los malos pensamientos –que seguramente tenían que ver con el sexto mandamiento–, aunque a los seis años qué niña podría tener la remota idea del significado de la fornicación? Lo único cierto

era la sensación permanente de estar en falta. Presente también, al igual que con Maruza, el obedecer a los padres no pertenecía al honorable cuarto mandamiento, sino que, con afán de control y manipulación, siempre encabezaba el número uno de la lista, sin importar que el amor a Dios debiera ser el único y principal mandato, si es que acaso debiera ser un mandamiento y no una necesidad natural y propia de nuestra existencia.

Recuerdo el silencio que se guardaba en la sobremesa siempre alborotada de casa, cuando Julio, mi hermano, tenía la osadía de confrontar frente a mi padre que el cuarto mandamiento, por obligación, tendría que ser recíproco. Sólo porque la violencia no estaba permitida en casa, o porque ni siquiera papá tenía la claridad para argumentar “algo” que echara por tierra la tesis de mi hermano, todo se quedaba en momentos de tensión y desapariciones forzosas en nuestros cuartos. Lo único que atinaba a decir es que cuando diéramos el gasto en casa, nos habríamos ganado el derecho de abrir la boca.

Por supuesto que pasaron muchos años para poder abrirla frente a él. Con una condición tan aberrante como la que nos había impuesto, el precio de intentarlo era muy alto. Sin embargo, me atreví; ya cuando no importaba pagar cara la osadía, ya cuando no había mucho más que perder, ya cuando todo se había perdido y lo único y más valioso por rescatar era mi dignidad. Mi padre se fue de este mundo tranquilo y reconciliado conmigo, aunque sabiendo y asumiendo el daño infligido. Fue duro oírlo pedirme perdón, como duro también saber que, a pesar de mil perdones, no había forma de resarcir el mal. Ya no era asunto de perdón. Lograr mi paz y recobrar mi dignidad fue un trabajo íntimo y personal. Creo que Julio no lo logró.

## CON LA VIDA A CUESTAS

El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad.

Gabriel García Márquez

Con su vida auestas, deja México con una valija llena de esperanzas y con escasos huecos para los recuerdos. Logra instalarse como maestra visitante en Eötvös Loránd, prestigiada universidad húngara al sur de Budapest. Toda una aventura que rompía con lo establecido, con lo que la familia esperaba de ella y con lo que Maruza misma hubiera supuesto para su vida. Lente oscuro, pañolita de seda cubriendo su cabeza, botas de piel y abrigo para la nieve. Hace su entrada triunfal en la cátedra de Letras Españolas y, me atrevería a decir, da un paso hacia la construcción de una nueva vida. Su pasión por los idiomas le facilita su estancia y comienza a elaborar, a través de los escritos que diariamente envía a su familia y amigos en México, lo que sería su obra cumbre, su Premio Cervantes, su máximo galardón: su propia vida.

Desde su llegada, se quita de los hombros un gran peso: la soltería. Odia desde tiempo atrás ser la maestra Estebanez o, peor aún, la señorita Estebanez Romo de Vivar. Discurre hacerse de una pareja y va enviando a los suyos señales escritas de su hallazgo:

un hombre libre, no como los occidentales, empalados en la estaca de las enfermedades psicoanalíticamente tratables [...] un compañero que resuelve sus problemas psicológicos de manera más brusca,

menos neurótica. Así es Mátyás Harsányi, Mat, para mí [...] una persona tranquila, solidaria, un tanto mediador y pacificador, que disfruta mucho del trabajo y al que le encantan las personas. Es humilde y no le interesa que lo estén adulando o aplaudiendo por sus méritos [...] un hombre tierno que cobija y que contiene; sufre las secuelas de la tortura nazi y hace dos años fue víctima de un severo infarto. Por su neurosis de guerra, he de decirles que tiene el síntoma de la fobia a ser retratado.

Es increíble cómo Maruza va urdiendo su estrategia. No se le escapa un solo detalle ni les puede compartir una foto porque Mat no lo permite y les deja claro su problema de corazón. Relata primero en una de sus cartas su inesperado matrimonio por lo civil, y para congraciarse con su madre, le hace saber que su ya esposo sugiere la ceremonia religiosa cuanto antes.

Mientras ella permanece en Budapest, muere su madre, y Maruza deduce que finalmente pudo descansar hasta verla en compañía de un hombre, pues nunca antes la reconoció como una mujer completa.

¡Cómo me recuerda a mi madre! Su misma preocupación. ¡No me puedo morir en paz! –decía–. ¿Qué va a ser de ti sin un hombre?

Lo gratificante es que mi historia tuvo un desenlace distinto al de mi paciente. Al final de su vida, mi madre reconoció cuán equivocada había estado:

siempre quise verte como a tus hermanos, acompañados de una pareja... y qué sorpresa reconocer al final de mi vida que a la que veo más contenta de mis hijos eres tú; la que verdaderamente ha trabajado para lograrlo. Me voy tranquila, me despido satisfecha viendo lo que hiciste con tu vida. Tu media naranja fuiste tú misma. Me puedo morir en paz, eres una mujer en toda la extensión de la palabra. Recuerdo cuando la familia entera y yo nos burlábamos despiadadamente de ti porque querías “ser madura” ¡y mira que lo lograste!



Maruza regresó a México como la maestra y señora Harsányi, lo que para ella, y entre la comunidad académica y literaria, le dio un estatus de seguridad y reconocimiento. Para la mayoría, Maruza murió con su secreto bajo resguardo. Sólo Amanda, su sobrina, como extensión joven de sí misma, fue la depositaria de su matrimonio subrepticio.

Es increíble ver cómo, en muchas culturas todavía, el valor de la mujer lo sigue otorgando el apellido de una pareja, como la certificación que la hace confiable. Desde la primera infancia, llevar el apellido del padre legaliza la existencia en este mundo. Me apena Maruza. Nunca pudo aceptar su soltería y tuvo que construir la compensación del acompañamiento de un esposo del que tuvo que recibir la honorabilidad de su apellido para sentirse reconocida en su mundo.

Desde el otro lado del espejo, yo tuve que confrontar a mi familia en tanto que la valía de mí misma, la congruencia de respeto hacia mi proyecto de vida, me colocó en una postura en la que pude ser capaz de elegir conscientemente mi soledad dejando fuera a quien me ofrecía la certificación de un apellido masculino.

## ¿VERDAD O FICCIÓN?

Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades.

Miguel de Cervantes

Doce en punto. Martes. ¿Verdad o ficción? Cada semana al terminar nuestra sesión, Maruza, con su sentido del humor caprichoso y sarcástico, abría su bolsa, sacaba sus lentes de sol y, antes de levantarse del sillón Berger del que decía estar enamorada por ser el dueño de todos sus secretos, me miraba con fijeza y con el brazo extendido hacia el pestillo, me decía: “¿Verdad o ficción, Patricia, verdad o ficción?” Consistentemente y durante todo el tiempo que duró su proceso, me limité a responder: “Eso sólo tú lo sabrás, Maruza, sólo tú”.

Ese martes en especial llegó agitada, con la vida entera sobre su espalda y con su voz atrancada de nuevo en la garganta, como en cada ocasión en la que su fragilidad emocional rebasaba su salud física y la tumbaba en cama por unos cuantos días hasta que su fuerza, su vitalidad y su terquedad la volvían a poner de pie.

—Se llama Sofía —Sophie de Cabestaing, me dijo—. No me pude quedar con ella; no hubiera sabido qué hacer. Mi madre no me lo habría perdonado jamás, o peor aún, se habría apoderado de ella. Impensable. Me habría rechazado más que de costumbre. ¿Te imaginas qué habrían dicho mis hermanos con sus juicios y rigideces? ¡Ni pensarlo! Quizá Pateco lo habría entendido, pero

¿el padre Jorge y mi padrino Anselmo...? Hubiera ardido Troya. Creo que fue mejor así.

Hubiera, habría, habrían... conjugaciones del verbo haber en todos sus tiempos. Condicionales, futuros, pretéritos. De ese tamaño era su angustia y su confusión. No sabía si ya me lo había dicho, si me lo quería decir, si detrás de sus palabras había verdad o ficción. Me resultaba tan inverosímil la historia de regalar una niña a un conde de la nobleza europea que...

Interrumpió Maruza mis pensamientos y prosiguió:

–Aproveché que Leonardo tenía que estar en Europa para su beca en la Cité Universitaire du Paris, y no me quedó más que hacerme una con él y emprender el vuelo. La sola idea de vivir mi embarazo en México no se ajustaba a mi pensamiento racional. Si ya había escapado una vez al convento, por qué no habría de hacerlo al Viejo Mundo o al otro mundo si fuese necesario.

Para mi sorpresa, y bastante tiempo antes de terminar su sesión, abrió su bolsa, sacó sus lentes oscuros y, con la mano extendida hacia el pestillo de la puerta, me miró desafiante y, con su mirada trabada en mis ojos, me dijo: “¿Verdad o ficción, Patricia, verdad o ficción?” A lo que una vez más respondí: “Eso sólo tú lo sabrás, Maruza, sólo tú”.

## DEL OTRO LADO DEL ESPEJO

Estoy solo y no hay nadie en el espejo.

Jorge Luis Borges

Entre las historias con las que Maruza gozaba, destacaba su debilidad por Pateco, su pequeñito, su hermano de paja y heno —por su pelo rubio—, el benjamín de la familia, y que pareciera más un hijo que un hermano. Era aquel que se daba a la tarea de recopilar anécdotas familiares y plasmarlas en ediciones caseras que disfrutaba como si fuese a recibir el Premio Nobel de Literatura.

Compartía sus éxitos como propios y se regocijaba hablándome de las hijas de su hermano, en concreto de Amanda, la mayor, quien al igual que ella y su padre sentía especial inclinación por la lectura y la palabra escrita. En ese entonces, todavía universitaria, planeaba estudiar su Maestría en Letras en el extranjero. Se le llenaba la boca cada vez que había ocasión de nombrarla. Era como la versión joven de sí misma. Cincuenta años de diferencia no borraban ni un ápice la identificación entre ambas.

—Sufro al pensar que este mal de familia, tan poderoso, la alcance siquiera a rozar —me decía casi llorando—. Sé que no puedo hacer mucho; me tranquiliza saberla una guerrera y buscadora de sus propias respuestas, aunque me conmueve que mi pequeñita, apenas entrando a la adolescencia, haya resistido con tanto dolor su trastorno obsesivo compulsivo. ¡Vieras con cuánto sufrimiento evita desde entonces el contacto! Todo para ella está contaminado. Se lava las manos con tal desesperación que me parte el alma. Su

piel siempre tersa, empieza a cuartearse por el abuso desmedido de jabones y desinfectantes. Lo que me consuela un poco es que Pateco la acompañe con tanto fervor y ya se encuentre recibiendo tratamiento psiquiátrico. ¡Cómo me gustaría que la pudieras atender! Sé que por tu ética no lo harás, y lo entiendo, pero estoy segura de que Amanda necesita una terapeuta como tú.

—¿Por qué piensas eso, Maruza? ¿No crees que su papá la haya puesto en las mejores manos?

—Créeme que lo dudo. Y no porque hable mal de él, por el contrario, tú sabes lo que significa para mí el doctor Campirelli, pero lo que no me gusta es que la haya recibido cuando Pateco y yo también lo visitábamos semanalmente. Creo que aquello está muy contaminado. La tía, el padre, y ahora ella... ¡No puede ser!

Aparte, Amanda es una niña, Patricia. No entiendo por qué tiene que verse inmersa en tanto abatimiento y desconsuelo. Me pregunto qué le podrá estar sucediendo para que su problemática se manifieste de esta forma tan cruel. Aquí entre nos, es un terrible espejo de mi propia vida.

Muy lejos estaba Maruza de imaginar que la patología de Amanda tuviera relación con su amadísimo hermano. Pateco era su Dios particular y a veces también el de Amanda, aunque para ella, y a su muy corta edad, su padre era una fuente de angustia y ambivalencia. Se había convertido en el perpetrador de su propia historia, aunque paradójicamente también era el único que estaba al pendiente de lo que pudiera ocurrirle. Su madre estaba totalmente inmersa en sí misma; su vida, desde la muerte de su hija enferma, ya no le significaba nada. Con ella había muerto también el sentido de su existencia y, para entonces, su empalme con la realidad estaba muy lejos, muy lejos...

Así como en la familia de los Estebanez Romo de Vivar los hijos fueron las víctimas de una madre abusadora y erotizante, Patricio

no encontró una mejor manera de relacionarse con sus pequeñitas que sexualizando su contacto con ellas a través de pasatiempos en los que envolverle el pene con papel de baño era la diversión inocente de niños que juegan al doctor. Gran perversión, considerando que él era el padre.

De niñas, “aparentemente disfrutaban” de esta complicidad, tomando en cuenta que él representaba el polo afectivo de la relación parental. Difícil renunciar a la única fuente de afecto, aunque el precio a pagar posteriormente fuese tan alto.

Al recurrir a ella, se topaban con una madre erotizada y absolutamente centrada en sí misma. Como “travesura”, les hacía jugar con sus senos desnudos cuando estaba muy lejana la edad propia para ello. De hecho, ambas hijas padecieron de jóvenes de esta sexualización en sus relaciones de pareja, pues al ser la madre una mujer muy bella, competía con sus hijas intentando seducir a cuanto novio intentara acercárseles.

En su vida adulta, el tema del contacto físico se convirtió en una severa dificultad para Amanda. Le modificó una de las expresiones más poderosas: la del amor. Levantó barreras que le impidieron significativamente crear vínculos afectivos estables y duraderos; siempre se vieron tamizados por la desconfianza y el miedo. En lugar de hacerla más receptiva a la experiencia amorosa, la cercanía casi siempre fue el obstáculo para establecer relaciones libres y satisfactorias. La amenaza del contacto provocó en ella inseguridad, inestabilidad emocional y baja autoestima.

Podía iniciar con fuerza una relación mientras el contacto se quedara en besos, abrazos y caricias, como piezas indispensables para buscar estar con el otro. Disfrutaba del apapacho y, de hecho, ella misma siempre fue cálida y tierna, pero fue perdiendo seguridad al intentar crear vínculos sexuales en los que el amor estuviese integrado.

Sus relaciones difícilmente han podido pasar del momento en que se desvanece un poco la atracción física y se da cabida a la

etapa de identificación de los aspectos de concordancia; de aquellas cosas que puedan ser del agrado mutuo, de compartir, de ubicar puntos comunes y crear un proyecto de vida. Es decir, los planes, las metas o los sueños que determinen el futuro quehacer de la pareja. Todo esto, rodeado de la cercanía corporal, del contacto físico y sexual, de crear una complicidad en la que a veces tan sólo baste mirarse para saber qué hay entre ambos.

Ha sufrido intensamente la falta de intimidad. No me refiero únicamente a lo sexual, donde siempre se siente torpe e inadecuada; sino a la espiritualidad de la pareja, a la complicidad de pensar en el otro, a los secretos que se comparten, a las metas que inicialmente unen.

Al no lograr intimidad, se pierde en la búsqueda compulsiva de relaciones alternas vividas a escondidas, en las que la sensación constante es estar colocada en el polo sádico que aprendió de su padre. Acaba rompiendo el contacto físico y, al hacerlo, su sexualidad también se ve afectada; su pareja deja comúnmente de atraerle, no le apetece tener sexo y termina rechazando, aunque no pueda desligarse afectivamente. Prolonga con dolor el contacto ante la imposibilidad de estar sola.

En una de mis últimas visitas a casa de Maruza, recuerdo con cuánto orgullo me compartió *Autopsia de una noche*, primera publicación formal de Amanda. Su contenido la perturbaba porque sentía en su sobrina un intento de silenciar su dolor a través de historias veladas, pero de altísima carga emocional.

Fue curioso que, años más tarde, Amanda misma me regalara su libro y me llevara a experimentar sensaciones similares a las de su tía.

El impacto al leerlo fue desgarrador, y sí, efectivamente, escondía su sufrimiento tras una escritura impecable que no dejaba duda de la escisión emocional que tantos estragos le había causado.

## PÁJAROS EN LA CABEZA

Ven, muerte, tan escondida  
que no te sienta venir,  
porque el placer de morir,  
no me vuelva a dar la vida.

Santa Teresa de Jesús

Hablé con Marcela, mi terapeuta, por la urgencia de compartirle lo que me estaba pasando. Me dio una sesión extra y, sin preámbulos, le expliqué: Sergio Piana, mi amigo el psiquiatra de quien te he hablado en terapia, me remitió a Amanda, una paciente que lleva ya dos años conmigo en un proceso bastante exitoso, diría yo. En otro momento te comentaré más al respecto. Hoy lo que me ocupa es que, cuando la recibí, sabía que era sobrina de Maruza Estebanez, expaciente de aproximadamente veinte años atrás y que, por su condición física de salud y encierro, nunca pensé volver a ver. Por ello decidí –por sugerencia del propio Sergio– aceptar a su sobrina.

Hace unos días recibí la llamada del licenciado Patricio Estebanez, y de inmediato supe que era el hermano de Maruza y el papá de Amanda. Me pidió llamar a su hermana, quien atravesaba una crisis parecida a las que con seguridad yo recordaría. Le urgía hablar conmigo.

Más tardó en llamar, que yo estar frente a ella. Otro día, prometo, te hablaré de la debilidad que siento por esta mujer. Créeme que, al llegar, sentí que el tiempo se había detenido. Ahí estaba yo



frente a Maruza con toda su historia, nuestra historia en común, en medio de nosotras. De inmediato nos conectamos en la misma frecuencia que antaño. Tomaba mis manos con tal avidez como si bebiera en ellas un elíxir curativo. Fue tan especial escuchar una y otra vez mi nombre en sus labios, como si el solo repetir Patricia, Patricia, Patricia, fuera mitigando su sufrimiento, que en esta ocasión se unía a sus terribles dolencias físicas. Casi no la podía oír; su voz estaba agolpada en su garganta junto con miles de sentimientos que intentaba expresarme con la presión dolorosa sobre mis manos.

Vi con horror sus piernas convertidas en dos troncos hinchados y sanguinolentos, escurriendo agua a través de grandes ulceraciones a lo largo y ancho de su piel. Aunque lúcida la mayor parte del tiempo, eran claros los momentos en los que, alucinando, miraba la enorme jaula de periquillos australianos que caminaban desenfadados a sus pies, subían por sus brazos y, volando, se volvían a acurrucar en su tronco como si no hubiera nadie en la habitación.

Fue muy revelador su diálogo respecto a lo que veía ante su mirada atónita.

Sólo porque conocía su historia, sabía que en ningún momento hacía referencia a los periquillos ni a su jaula. Murmuraba:

—Mira, Patricia, mira cómo la madre se ha apoderado de sus tres polluelos; hasta duerme con ellos, les mete su gran pico en sus pequeños orificios y ha tenido el atrevimiento de arrancarles la mayor parte de sus plumas. Los ha dejado casi sin alas. Ellos lo permiten porque se han dado por vencidos, no los deja volar, los arrincona en el nido y se las ingenia para hacerles creer que la puerta de la jaula se encuentra bajo llave. Qué astuta, ¿no crees? Y... ¡qué malévola!, qué forma tan cruel de aniquilar a sus descendientes. ¿Te das cuenta del incesto tan perverso?

Gritaba, sollozaba y se tapaba la cara mientras iba describiendo su devastador escenario interno.

—¡Patricia, Patricia, ayúdame, me estoy volviendo loca! Tú sabes lo que he luchado por preservar mi salud mental y no puede ser que ahora, que estoy a un paso de la muerte, se vaya por la borda todo aquello por lo que tanto he peleado.

—Maruza —le dije con fuerza, intentando sacarla de aquel trance casi hipnótico que le provocaba ver esa jaula en el suelo, toda desvencijada, de la que entraba y salía una enorme cantidad de aves—. ¿Cuál de todos estos periquillos eres tú, Maruza? —dime, ayúdame a reconocerte.

En seco cesó toda esa escena de gritos un tanto histéricos y descontrolados y me dijo con certeza convincente:

—Mira, ¿ves esa pequeñita amarilla con azul que está fuera de la jaula y que ya ni se inmuta con el alboroto que arman sus hermanos? Ésa soy yo, Patricia. Mírala, está sola, muy lastimada, está lejos de todos, está aterrada, pero, sabes... —me dijo exhalando profundamente— está libre. Le ha costado mucho lograrlo; le arrancaron las alas, la desmembraron. Con el abuso, su madre le mutiló el alma y el cuerpo, pero está libre, Patricia, libre.

De súbito me pidió que me marchara; me lo ordenó.

—Necesito estar sola, ha sido una tarde muy, muy dura para mí. Creo que devastadora.

—Hasta pronto, Maruza. Quiero que anotes mi teléfono y seas tú quien llame si me necesitas; si te mortifica que Pateco, tu hermano, decida sobre tu vida, pídele a la enfermera que lo haga. Sabes que siempre estaré para ti.

Al tomar mi bolsa, alcancé a ver cómo escribía con su plumón azul y a lo largo de toda la hoja mi nombre y apellidos en su inconfundible caligrafía: Patricia Ortiz Herrejón.

Me fui con el dolor en el alma, no sin antes pedir a la enfermera deshacerse de inmediato de aquella revoltura de pájaros que no hacían más que alterar sus ya exacerbadas emociones. Ese mismo día el escenario de la sala y el de su mente quedaron despejados.

## ¡BENDITO RECLAMO!

Las coincidencias son milagros de los que Dios no se quiere hacer responsable.

Dorothy Cumming

–Sugiero que te comuniques con ella, le adelantes su sesión y no esperes a que sea demasiado tarde –me dijo inquieta Marcela, quien cuidaba hasta el último detalle la contención de los pacientes y, más que nada, la impecabilidad del espacio terapéutico.

–Gracias, Marce, saliendo de aquí la llamaré. Conozco a Amanda y no puedo permitir ni por un momento que mi relación con ella se vea comprometida por este hecho que estuvo fuera de mi control. ¿Me crees que jamás pensé volver a ver a Maruza? Veinte años después y me siento metida en un gran lío. Tú, más que nadie, sabes de mi lucha por la discreción y pulcritud en el proceso. ¡Cuánto hemos trabajado aquí, en este lugar, sobre la contaminación del contenedor terapéutico! Voy a hacer lo necesario para que Amanda no se sienta amenazada. Te tendré al tanto.

–¿Patricia?

–Sí, ¿quién eres?

–Soy Amanda. ¡Estoy sacadísima de onda! Necesito verte, que me expliques, que me digas qué pasó. Me siento de la fregada, no puedo esperar a mi sesión del jueves para verte ni tampoco quiero tratar lo que me pasa por teléfono.

–Te espero más tarde, Amanda; después de mi consulta regular podemos tener más tiempo para hablar. Estaba por llamarte cuando sonó mi teléfono. Sólo quiero que sepas que conozco el motivo de tu llamada y que aquí voy a estar para ti.

–Me tranquiliza un poco escucharlo, pero te repito, estoy súper sacada de onda. No sé ni qué decirte; estoy fúrica...

–Amanda, créeme, yo en tu lugar me sentiría igual. Te veo en la noche.

Debo confesar que sentí miedo. La fantasía de recibir la agresión de Amanda me puso vulnerable. Tenía razón de sentir lo que sentía y sabía también que estaba dispuesta a recibir de ella todo lo que tuviera que decir. ¿Cómo transmitirle que estaba ahí para ella? ¿Cómo mostrarle que su espacio seguía siendo sólido y confiable y que podía continuar expresando con libertad sus sentimientos? ¿Cómo hacerle sentir la certeza de que lo que yo sentía por ella y su lugar en mi vida seguían intactos como hasta ahora? Una y otra vez durante mi tarde de trabajo me hice todas estas preguntas y muchas más, y repetía un mantra y respiraba profundo y volvía a centrarme en la paciente que tenía delante, y de nuevo la imagen de Maruza y de Amanda acaparaba mi atención. Finalmente dieron las nueve.

–Aquí estoy, Patricia, confusa, encab... enojada, totalmente desconcertada. Me siento engañada y traicionada. No sé si hacerte un poco de historia o sólo decirte que no entiendo nada. No sé por qué tuviste que ocultarme algo tan importante. No recuerdo cuántas y cuántas veces he estado aquí sentada hablándote de mi historia como idiota; haciendo el esfuerzo por decirte todos mis sentimientos, los más preciados recuerdos con mi tía Maruza, y tú ahí, enfrente de mí, serena, impávida, como si no supieras que Maruza Estebanez era mi tía. ¿Por qué el silencio, por qué dejar que yo hablara y hablara de ella sin mencionar no sólo que sabías perfectamente quién era, sino que, además, había ocupado este mismo sillón, y que yo, Amanda, era esa sobrina

de la que seguramente también te contó? Porque seguro te contó, ¿verdad?

Yo sólo asentía ligeramente, mientras Amanda proseguía:

—¿Acaso te imaginas qué siento de que mi papá haya hablado contigo, de que se haya metido en mi espacio y en mi terapia? No sé si voy a poder seguir contigo; creo que ya no; él ya lo contaminó todo. ¿Por qué tuvo que meterse? ¿Qué no fue suficiente que hayamos ido alguna vez a terapia él, mi tía Maruza y yo con el dizque picudísimo Ambrossio Campirelli y todo haya sido un fraude; un arreglo económico entre mi papá y él? ¿Por qué ahora, después de tantos años, tiene que repetirse lo mismo? ¿Por qué tienes que ser tú la misma Patricia de la que tanto me hablaba mi tía Maruza? ¿Sabes que desde mis veinticinco años he oído de ti? ¿Te interesa la historia o mejor la obviamos? —me dijo en tono sarcástico.

—Si para ti es importante, preferiría escucharla de tu boca.

—¡Claro! Porque de seguro ya te la contó mi tía Maruza, ¿no?

—No, Amanda. Ten la seguridad de que escucharás mi versión, pero preferiría que continuaras.

—Pues... fui a su casa; a casa de mi tía Maruza, estuve platicando con ella porque mi papá me puso al tanto de su estado de salud y, como siempre, nos perdimos en una hermosa conversación salpicada de todo y de nada. Cuando ya me despedía, me pidió que le anotara algo en su libreta, y lo primero que vi fue un nombre: Patricia Ortiz Herrejón, un nombre con sus dos apellidos escritos con tinta azul y una letra tan grande que ocupaba toda la hoja. Escribí lo que me solicitó, me despedí y salí a la calle sin saber qué me había descompuesto tanto. Lo único cierto es que estaba aturdida y trastornada.

Camino a casa me vino la imagen del nombre en su cuaderno y fue hasta que lo repetí una y otra vez: Patricia Ortiz Herrejón, Patricia Ortiz Herre... No pude finalizar el apellido cuando me di cuenta de que eras tú. ¡No puede ser posible!, me repetí mil veces,

por qué Patricia, por qué “mi Patricia”, por qué mi tía Maruza antes que yo, por qué mi papá de nuevo en esta triangulación asquerosa. ¿Por qué, por qué? Arrinconé como pude mi coche entre dos arbustos y golpeé el volante a puño cerrado con tal rabia que mi quijada temblaba como si me estuviera batiendo contra el más despiadado de mis enemigos. No tardó en aparecer la sangre en mis puños y sólo esa imagen me detuvo. Ya sabes, volvió a suceder...

—Finalmente, como hemos visto, Amanda, el dolor físico tiene que ser tan fuerte que logre salvaguardar tus emociones, ¿verdad?

—¿Qué te digo, Patricia? Ya me conoces. Como dije, volvió a suceder.

Estaba exhausta. Amanda se había permitido expresar tal cual lo que había experimentado; no había nada que perder porque ya lo había perdido todo. Me dolía verla sentirse una vez más traicionada, tocando una de sus heridas más antiguas. Traicionada por el padre, traicionada por mí, traicionada por el destino.

—¿Quieres todavía contarme tu versión? —me dijo Amanda, casi por no dejar y con toda su ironía a flor de piel. ¿Crees que valga la pena? ¿Servirá de algo? Total, si ahora me corres de la terapia, ya no importa.

—¿Y por qué crees que habría de correrte? —pregunté.

Sólo movía su cabeza y secaba con su índice una que otra lágrima que le escurría contra su voluntad.

—Sabes, Amanda, hoy ha sido un día difícil para mí. Me siento desconcertada, muy sorprendida por lo que nos acaba de suceder. Estoy triste por ti, por tu dolor, por acompañarte en este momento en que de nuevo el destino se ha confabulado para que ambas repitamos nuestra historia. Estoy muy triste también por ella, por tu tía Maruza, por haberla vuelto a ver después de veinte años, por verla partir; porque hoy no vi su vocación para la alegría, porque hoy también me despedí...

Yo, al igual que Amanda, había empezado a enjugar mis lágrimas que, para entonces, ya no lograba contener. Amanda me miraba

incrédula y me escuchaba con mayor atención. Su reclamo desde el inicio de su proceso era que yo jamás hablaba de mí; y ahí estaba yo, hablándole abiertamente de lo ocurrido, de mis sentimientos. No tenía la más mínima intención de ocultarme ni sentía necesidad de hacerlo. Sólo le hice saber que la entendía y, sin el afán de tranquilizarla ni de retenerla, le expuse mi parte de la historia.

—Te comparto que hace veinte años, Sergio Piana, que te recomendó conmigo, era el médico de tu tía Maruza; de hecho, jamás imaginé que hubieras ido a dar con él sin la intervención de tu tía; fue algo que di por hecho y jamás se me ocurrió pensar que fuera otro más de tantos cruces de caminos en nuestras vidas. Efectivamente, ella ocupó este sillón antes que tú. La vi como paciente por algunos años y cerramos su proceso cuando se sintió lista para emprender el camino sola. Estuve cierta de que no volvería por dos razones: una, su edad avanzada; y otra, y quizá la importante, que lo que vino a trabajar conmigo, puedo decirte que lo concluyó satisfactoriamente. Establecí con tu tía un vínculo afectivo y terapéutico muy sólido, y quizá sus setenta y cinco años y mi juventud como terapeuta me facilitaron darme ciertos permisos. En ocasiones hablábamos por teléfono, y me hubiera encantado hacerle saber que te tenía como paciente, porque ella lo anhelaba desde hace años y me parecía increíble que estuviera sucediendo, pero tú sabes que no podía romper la confidencialidad. Varias veces la visité en casa cuando ya los años se le vinieron encima y no salía más, pero nunca volví a escucharla como paciente, hasta la semana pasada que me habló tu papá para decirme que su hermana le pedía con insistencia platicar conmigo.

Todo fue tan rápido, Amanda... Cuando Sergio me habló de ti, supe de inmediato que Maruza era tu tía. Estebanez no es un apellido común y tampoco podía tratarse de otra Maruza... “Tanto tiempo, tantos mundos, tanto espacio... y coincidir.”

Hablé con Sergio de los impedimentos que sentía para recibirte porque en ese tiempo —con Marcela, mi terapeuta— estaba haciendo

mi propio trabajo respecto a la contaminación de los espacios y la incestuosidad de la que yo también había sido víctima. Sergio no le dio importancia, primero por los veinte años que habían transcurrido, pero, más que nada, porque insistió en que mi conocimiento de la patología familiar podía ser de gran ayuda en mi trato contigo. Y me atrevo a decir que tuvo razón, ¿no crees?

Ante su silencio continué:

—Sabes, Amanda, tienes toda la razón de sentir lo que sientes. Es muy fácil ponerme en tu lugar, saber qué tan vulnerable te sientes, sentir cómo te cuesta aceptar cualquier evento que traduzcas como traición. Admiro mucho el valor y la fuerza que has mostrado el día de hoy para expresarme sin tapujos lo que sientes, sabiendo como sé la amenaza constante que vives, ante la posibilidad de que yo te deje de querer. Hoy comentaba con mi terapeuta mi preocupación por lo ocurrido y mi deseo de protegerte. No necesitó sugerirme que me adelantara a los hechos y te llamara para tener una sesión especial; a pesar de lo que ella pudiera decirme, sabía que tú debías enterarte por mí. La vida me jugó una mala pasada porque, cuando te marcaba a la oficina, tú me llamaste por el celular. Algo más que coincidencia, ¿verdad?

Si te digo que te comprendo es porque tengo presente cómo se consteló de nuevo la experiencia con el doctor Capirelli. La promiscuidad que viviste con él, sabiendo que era terapeuta de tu papá y tu tía, obviamente fue la razón para que no pudieras abrirte con él. No olvido cómo me has hablado de tu distancia emocional, de tu reto hacia él y, más que nada, de que tu análisis fue meramente intelectual. Espero que no lo tomes como justificación de mi parte, sólo quiero que sepas que el no haberte compartido lo de tu tía Maruza —de manera consciente y responsable— era para protegerte de que repitieras de nuevo esa historia. Al recibirte, por petición explícita del doctor Piana, sabía que había ese riesgo y, valorándolo juntos, sabíamos que había mucho que ganar y hasta hoy creo que ha sido así.



De nuevo Amanda se convertía en un gran espejo de mi historia.

Espacios contaminados, terapeutas compartidos, secretos expuestos, sacerdotes sin escrúpulos y traiciones, eran parte dolorosa de esa incestuosidad vivida desde adolescente y que ahora ella, con su reclamo justificado, lograba poner palabras a lo que yo por tantos años callé sin poner un límite a tiempo o, al menos, sin expresar mi desacuerdo.

Ella me enseñó con su actitud que un hecho casual que podría haber puesto fin a un proceso tan fructífero como el suyo, se hubiera ido por la borda si su silencio la hubiera traicionado como tantas veces lo hizo conmigo.

¡Bendito reclamo!

## *MALGRÉ TOUT:* A PESAR DE TODO

Los dos mayores tiranos del mundo: la casualidad y el tiempo.

Johann Herder

Jesús Contreras, nacido en Aguascalientes en 1866, fue descubierto por Maruza en uno de sus múltiples paseos por la Alameda. Desde pequeña se sintió identificada con este escultor que logró trascender la pérdida –por cáncer– de su brazo derecho, y quien bautizó una de sus más famosas obras con el nombre de *Malgré tout*, cuya traducción hacía referencia a la sensación con la que ella vivió su vida entera: “a pesar de todo”.

Y muy “a pesar de todo”, Amanda regresó a terapia; yo diría que nunca se fue. Su rabia fue sólo el motor para que se entregara aún más a su proceso. Si antes de sentirse traicionada se mostraba presente, muy echada pa’delante y siempre dispuesta a buscar dentro de sí, su desahogo y su indignación implicaron un avance considerable en la exploración de su inconsciente. Por supuesto, después de lo ocurrido con su tía se mostró insistente intentando indagar sobre su vida. A pesar de su molestia, el hecho de no conseguirlo fue la prueba de fuego para que permaneciera en tratamiento. Mi incómodo silencio logró mitigar su curiosidad y, paradójicamente, aumentó su confianza; consiguió sentir al fin un espacio seguro: su espacio. A través de mi silencio, supo que, “a pesar de todo”, se encontraba bajo resguardo. Sus secretos, sus

sentimientos, su historia entera siempre permanecerían entre esas cuatro paredes. A pesar de su muerte, a pesar de todo...

Con cincuenta años de diferencia, Maruza y Amanda compartían infinidad de similitudes. Ambas, mujeres solas dedicadas a las letras y con enorme pasión por los viajes y la lectura; las dos unidas por un destino donde el abuso en todas sus formas marcó su existencia de por vida. Amanda y Maruza fueron víctimas de padres y madres con una patología encubierta por vestiduras de grandeza y buenas costumbres. Familias en las que el catecismo del padre Ripalda, el Manual de Carreño, la Congregación Mariana, los colegios de monjas, las bendiciones del papa y las indulgencias plenarias adquiridas en sus viajes al Vaticano sólo lavaban sus podridas conciencias. Las dos manifestaron también, desde muy jóvenes, la gran necesidad de encontrar respuestas claras a todo lo que confusamente les sucedió desde la infancia. Ambas se aferraron a la ayuda psicológica y psiquiátrica desde pequeñas, asíéndose como pudieron al último resquicio de salud mental que encontraron en su interior. De ahí que coincidieran en tres ocasiones con los mismos terapeutas.

Y si seguimos hablando de coincidencias, cuando Maruza murió y Amanda continuaba en tratamiento conmigo, su papá encontró las notas en las que su hermana hablaba de mí y de su proceso terapéutico. Utilizó esos escritos para escribir un nuevo libro sobre Maruza que tituló: *Et maintenant* y en él transcribe textualmente:

encontré una psicoterapeuta maravillosa. Patricia logró unificar casi todo lo que –a costa de angustia, que ha sido pan de cada día desde niña– en mí estaba desgarrado, y cuya raíz siempre estuvo en la personalidad de mi madre... en una de nuestras últimas sesiones, de pronto, como si estuviera privada de voluntad moderadora, lancé un grito terrible: ¡Madre, te odio!... más gritos estridentes, estertores ríspidos, sollozos que dolían, lágrimas corrosivas... perdí la noción de todo a mi alrededor. Con un cojín golpeé y golpeé... en mi casa arranqué del marco un retrato de ella, lo estrellé en el suelo, pisoteé

sus fragmentos, la rompí en menudos pedazos... foto de matrona o matriarca fuerte, poderosa, con pechos enormes, llevando el cuantioso manojito de llaves. Llaves que todo lo cerraban, todo lo guardaban –cosas– para su exclusiva posesión. Sus ojos –en sí mismo hermosos– eran duros como la piedra... tomé la mascada, la suya, para mí reliquia después de su muerte, la desgarré con las uñas... terminaron en la basura de la cocina...

Extraña sensación después de veintiocho años... Cómo un hombre y no cualquier hombre, sino el padre de Amanda, mi paciente, quien a la fecha desconoce los caminos entrecruzados en los que él mismo participa, escribe: “Últimamente Maruza no está muy bien que digamos, ni de cuerpo ni de alma, ambas dimensiones se compenetran, la una depende de la otra y viceversa, el cuento de nunca acabar”.

Y continúa:

tiene que someterse a una mastectomía, lo cual la derrumba, pues esta cirugía equivale a ver mutilada su personalidad femenina. Psiquiatras y terapeutas van y vienen, en estos años con mayor frecuencia que antes. Le sirven de muletas, de tentempié, búsqueda permanente, de qué, no sabe, aún no encuentra. Triste, con el ceño fruncido, identifica tal hecho físico con la castración psíquica que muchos años atrás, desgraciadamente, su madre ejecuta en ella. Admirable: siempre ha tomado la firme decisión de superar el trauma con el autopsicoanálisis. Tiempo ha que deja de contar con el auxilio divino, Dios desaparece de su vida. No sabe si en años pasados es atea o lo que ahora es, agnóstica, su actual agnosticismo deriva ya hacia un deísmo panteísta cósmico. Se produce en ella una tremenda recesión. Piensa que el dicho autopsicoanálisis resulta peligroso, pues su espíritu está dividido, es ambivalente respecto a la madre; por obligación la debe amar, sigue al pie de la letra el cuarto mandamiento, pero inconscientemente la odia, está rasgada, casi esquizofrénica. Viene la catarsis, la revelación y, por ende, la liberación. Y la paz de su alma...

## VIENTO VERDE

La casualidad nos da casi siempre lo que nunca se nos  
hubiere ocurrido pedir.

Alphonse de Lamartine

Cuando Anselmo Montemayor le dijo a Maruza que sus pechos desafiaban con gracia la fuerza de gravedad, ella, de palabra pronta y fácil, no supo qué ni cómo responder. Quedó pasmada. Ya para entonces su relación con los hombres había quedado impregnada de miedos, culpas y remordimientos. Todo aquello que oliera un poco a requiebro y galanteo la envolvía en ese oscuro complejo materno donde las palabras de su madre: “inservible, fea y poco-mujer”, inician en ella desde muy pequeña un sinuoso andar entre zozobras, desazones, abatimientos y grandes ambivalencias.

Deseaba corresponder a todos esos hombres que se acercaban a ella, pero sus amoríos acababan convertidos en ilusiones platónicas en las que su experiencia intelectual servía de parapeto para mantenerse resguardada tras lo único que la hacía sentir segura.

Junto a los piropos o sutilezas de todos sus galanes —que eran muchos—, iba creciendo en ella un anhelo y curiosidad por aventurarse sexualmente a descubrir su femineidad, pero el impedimento de su remachada fealdad, no le permitía pasar más allá de un muy casto beso y una que otra caricia que sólo despertaban aún más sus ya mutilados deseos.

El día que Anselmo, su primer amor, decidió finalmente formalizar su relación acompañando su petición con un fino Vent Vert,

perfume Balmain de París, Maruza pretextó un súbito llamado divino, azuzada en parte por su director espiritual, que más que un consejero y ferviente guardián de su frágil alma, alimentaba sus culpas con intervenciones morbosas durante sus frecuentes visitas al confesonario, donde como reguero de pólvora encendía sus miedos con preguntas sexuales fuera de contexto que Maruza se sentía incapaz de responder. Como única salida pensó refugiarse en el convento de las Hermanas de la Misericordia, ignorante de que la intervención del inescrupuloso sacerdote se debía a la mano dura de su madre, quien, al lado del dignísimo representante de Dios, había urdido el plan maestro para separar a Maruza del núcleo familiar. Jugada magistral de la madre que, desde tiempo antes, había convertido a su hija en su gran rival, a la que había que destruir, y qué manera más “bondadosa” que entregarla en manos del Señor. Lo que doña Maruquita nunca sospechó fue que el convento, para su hija, se convirtió en el gran refugio para apartarse de los hombres que ya para entonces eran su verdadero tormento.

Con las Hermanas de la Misericordia de María vivió desde la experiencia mística más sublime al creer tocar el cielo y sentirse la elegida de Dios, hasta hundirse en las profundidades infernales, primero de una devastadora depresión y, posteriormente, del pecado y la humillación, por el acoso vigilante de su superiora que no permitía la cercanía de Maruza con su gran amiga, la hermana Socorro, por considerarla “una amistad privada”, lo que claramente connotaba una preferencia sexual desviada y, por tanto, perversa. Su consuelo permanente fue el joven sacerdote Amado Villagrán, que solicitaba sus favores de excelente conductora, quien lo llevaba y traía en una troca a todos sus servicios parroquiales: bautizos, bendiciones, visitas a los enfermos y todo lo demás propio de su ministerio, hasta que una tarde, por circunstancias fortuitas, se vieron ligados por un abrazo que despertó en ambos un erotismo del que no se pudieron hacer responsables y, sin poder guardar silencio, pagaron el precio de su separación. Maruza, ya no como pago,

sino como camino a su ansiada libertad, fue desterrada del convento, y con la dote que había dado su padre, que para aquel entonces era una pequeña fortuna, dio de nuevo su primer paso a lo que habría de ser su vida en aparente libertad. Con el padre Villagrán, proscrito también del paraíso, no se le volvió a permitir ningún contacto.

Años más tarde, cuando le hice una de mis pocas visitas a casa, cerca ya de sus ochenta y cinco años, me dijo: quiero regalarte algo que significa mucho para mí y por mi historia, y porque la conoces, sé que lo sabrás apreciar. Con dificultad se levantó de su sillón y me pidió acompañarla hasta su cuarto. Sobre su tocador tenía aquel perfume Viento Verde que conservaba desde los ayeres de su primer amor y que aún mantengo intacto, como prueba de mi gran afecto por ella.

Coincidencia o no, cuando Maruza murió y Pateco, su hermano, empezó a repartir entre sus hijas y sobrinas algunos de sus objetos más preciados, regaló a Amanda otro perfume igual que ambos habían comprado juntos en uno de sus viajes a París.

Maruza, Amanda y yo de nuevo unidas por el aroma de un Viento Verde.

## ¡SI SUPIERA...!

Hay momentos únicos en que dos personas comparten la tristeza de la existencia.

Pablo Neruda

Fin de semana de esos muchos en pijama, persianas abajo a juego con mi estado de ánimo y mirando el reloj deslizarse con lentitud. Yo, acurrucada en mi cama, tapada sólo por una sábana, intentando sacudirme el insoportable calor y no tengo la fuerza necesaria para incorporarme. Sólo lo hago movida por mi adicción a la Coca light bien fría o para ir al refri por mi desayuno tardío. La comida, obviamente, por servicio a domicilio y, por no dejar, una cena a deshoras, más que por hambre porque forma parte de la costumbre de no irse a dormir con el estómago vacío, aunque la comida se haya prolongado durante todo el día. De un disco de la miniserie *En tratamiento* paso al siguiente y, según la historia, me voy colocando de un lado u otro del diván.

Las primeras horas del domingo siempre me han parecido insoportables; recorro mi agenda mil veces, eligiendo posibles compañías para comer o ir al cine, siempre suponiendo que nadie estará disponible. Tacho de mi lista mental aquellas que pueden ser opciones viables y comienzo a poner toda clase de pretextos hasta convencerme de que lo mejor será quedarme en casa.

Empiezo a entender una fantasía, por muchos años inconsciente, de que “un alguien” excepcional aparecerá cuando ya tenga listo mi plan y, entonces, ¡qué difícil!, me vería en la disyuntiva de



cancelar y eso me causa demasiado conflicto. Acabo optando por esperar, hasta que sea imposible hacer realidad algo en verdad asequible. Cuando soy tragada por ese gran complejo –como diría mi querido Gustav Jung–, mejor no peleo y dejo que las horas pasen hasta que, por ahí de las nueve de la noche, aparece de nuevo la flamante Patricia que quiere escribir su novela, tomar sus pinceles recargados sobre sus lienzos el día anterior y tragarse el mundo a puños, cuando faltan escasas horas para arrancar la semana, como si nada de esa tortura hubiera sido real.

En esas horas de adormilamiento pienso tantas veces en Maruza disfrutando de verdad sus horas de soledad, bebiéndose un libro tras otro y rogando a Dios que no sonara el teléfono y que nadie tuviera la ocurrencia fatal de caerle por sorpresa... También pienso en Amanda, que si imaginara lo que me sucede, me bajaría de inmediato del pedestal en que intenta colocarme y podría lidiar con su sensación de no causar un impacto en mis pensamientos. Pararía quizá de compararse conmigo, de decirme que no sirve para nada, reclamar por lo fea que se siente. Dejaría de insistir en que siempre me ve tranquila y ella, por el contrario, está agobiada. ¡Si supiera...!

¿Por qué siempre los pacientes tendrán que idealizarnos? ¿Por qué las restricciones de guardar bajo llave nuestras flaquezas y mostrarnos ante ellos impávidos, seguros, con la vida resuelta y siempre disponibles y “felices”? ¿Por qué tener que ser ese lienzo blanco e impecable para que puedan hacer todas sus proyecciones sobre nosotros? Ya no estoy tan segura de que eso sea lo mejor, aunque debo decir que, por lo menos, un domingo como hoy esa consigna terapéutica resulta excelente protección.

Pienso a menudo que, indiscriminadamente, como médicos de cuerpos o almas, tenemos la exigencia de por vida de ser representantes de esas figuras paternas que en el intento de resguardar a los hijos los vuelven vulnerables a cualquier necesidad adulta o humana. Esto quizá con el afán de preservarlos de las exigencias de un mundo que los obliga a crecer.

Ahora que la adultez como terapeuta y como persona me permite renunciar a ciertos atavismos y me doy el permiso de compartir con algunos pacientes pensamientos, sentimientos o posturas personales que durante años estuvo más que prohibido, experimento una rica libertad y percibo que, cuando lo hago en función de ellos y no de mis propias necesidades, se crea una relación más cercana y humanizada.

No en vano cuando oigo a mis colegas interesadas en la psicología positiva, me llama tanto la atención, pues llevo más de treinta años insistiendo en el pasado y en lo negativo. En este momento de mi vida, y sin saber que “eso” que hago corresponde a una nueva teoría, sólo quiero enfocarme al estudio de los sentimientos y los aspectos positivos de la personalidad, como la confianza, el optimismo y la esperanza, tan necesarios cuando la vida resulta difícil.

Valores como la justicia, la integridad y la prudencia, han ido adquiriendo una especial importancia en tiempos de crisis. Veo también cómo se ha modificado rotundamente mi papel de autoridad como terapeuta; ahora los pacientes tienen la razón y no yo, y eso es muy liberador. Mi relación actual con ellos es otra, así como la capacidad de inspirar confianza con el fin de que se abran y hablen sobre sus problemas. Me conmueve cómo ahora puedo dar importancia al desarrollo de la esperanza, las capacidades personales, las habilidades interpersonales, la racionalidad, el optimismo, la capacidad de aguante, el realismo, el disfrute, la orientación hacia el futuro, la responsabilidad y la capacidad de reconocer el sentido de la vida propia. ¡Si me viera el doctor Weber, regresaría a la tumba!

Me siento cansada de trabajar siempre de forma retrospectiva, intentando compensar debilidades y curar heridas. No niego su importancia, pero la vida misma se ha encargado de hacerme mirar hacia otros espacios, sobre todo aquellos en los que se pueda desarrollar nuestro potencial humano y nuestras capacidades personales. Ser sensible a nuestras emociones para mirar el futuro

de una forma positiva y sentir anhelos y esperanza; además de integrar capacidades y virtudes, “cosas” que a todos nos resultan familiares; competencias y capacidades como la amabilidad, la integridad, la originalidad y la sabiduría; la gratitud, la intimidad, etc., y así poder intervenir, desarrollar y fomentar cada una de ellas en todos los ámbitos de la vida del paciente.

Con Amanda es claro el efecto positivo de abrirme a una postura psicológica diferente; nos ha acercado desde un lugar donde ya no corre peligro la relación. En un principio fue determinante mantenerme en una sólida posición, tenía que ser muy consistente con los límites y la impecabilidad respecto al espacio terapéutico; hoy, en cambio, mi apertura a otras posibilidades se ha visto reflejada en su propia apertura.

## Y YO... ¿QUÉ?

La soledad es muy hermosa... cuando se tiene alguien a quien decírselo.

Gustavo Adolfo Bécquer

Este espejo tiene tres aristas: Maruza, la primera, con su aversión al sexo, queriendo explorarlo tan sólo por romper con los mandatos maternos y viviéndolo con la ambivalencia sobre la espalda y con la amargura entre las piernas. Dañada, mutilada por la perversión de una madre enferma y castrante que intentó hacerse pasar por una mujer piadosa, dizque “entregada” a la voluntad de Dios.

Ni antes ni después de su estancia en el convento logró una cercanía de intimidad con un hombre; su anhelo de lograrlo la llevó a inventarse una vida en la que la pareja tuviera cabida, a pesar de que también representaba su gran aversión.

Yo, la segunda arista, con el ocultamiento que empezó a apoderarse de todo cuanto encontró a su paso. Hasta los muros de casa convertidos en prisión, ahogaron uno a uno mis intentos. Las palabras resignadas, disueltas como lava encendida se escurrían por mi alma, sellando labios, poniendo candados, inventando prohibiciones hasta lograr erigir el sagrado templo del silencio.

Todos en casa disimulaban, fingían no toparse a cada paso con su presencia, les rebelaba enterarse de que el silencio se había instalado entre nosotros; ni siquiera se inclinaban ante su grandeza, mientras que yo, atrevida por robar las palabras de Violeta Parra, tarareaba a voz en cuello una de las canciones que la dieron

a conocer por el mundo y que yo, con astucia, les hacía creer que la había compuesto...

En mi casa, mi familia se adormila en su sillón; en mi casa se ha quedado a vivir la tradición; en mi casa las paredes se respetan como a un dios, en mi casa hay una iglesia que se llama comedor; en mi casa a mis padres yo les hablo con su voz, pero a veces, en mi casa, el silencio es lo mejor.

Y así, las notas robadas y convertidas en feroz reclamo resonaban acompañadas por el compás y las cuerdas desgarradoras de mi voz y de mi vieja guitarra, aunque ya no hubiera oídos dispuestos a escuchar. Las miradas se tornaron turbias, las voces callaron y la locura de lo silenciado empezó a meterse en nuestros poros. Todos habrían podido cantar conmigo y, sin embargo, cada uno fuimos guardando nuestras historias; ya no eran compatibles, venían de lugares tan diferentes...

Un hombre que se cansó muy pronto de ser padre, quizás al darse cuenta de que la paternidad le había quedado grande, prefirió ver los dolores de sus hijos muy a la distancia. Sólo el chiste y el sarcasmo se apoltronaron cuidadosos, ocupando el gran espacio de lo que había quedado sin decir.

La risa trasformada en carcajadas se encargó de perforar nuestras entrañas, y cuando ya desmorecidos surgía inevitable la batalla por averiguar quién era el más cruel, el más astuto, el más hábil con la palabra, el que pudiera dejar al otro tendido con la daga implacable de la ironía que rasga el corazón, la esgrima verbal había acabado por socavar cualquier intento de intimidad y cercanía.

Además, yo silencié la carga del abuso de un padre engañoso; querido y admirado por quienes lo conocían fuera de casa y que logró deslumbrar a algunos de mis hermanos que jamás se atrevieron a cuestionar o mirar la perversión que escondía su conducta. Eso sin contar con la complicidad silenciosa de una madre igualmente

abandonada en las manos del Señor, pero siempre reprimida, siempre tensa, siempre miedosa. Eso sí, con una fachada que le ganó el sobrenombre de *Santa María del Valle*.

A diferencia de Maruza y Amanda, la expresión de mi sexualidad —a pesar de culpas y remordimientos— fue actuada desde el impulso. Pasé de hombres imposibles a otros imposibilitados para amar. De sustitutos paternos a sacerdotes sin escrúpulos. De un terapeuta abusivo de su autoridad a otro aún más cruel, pero con apariencia de seductor angelical. De un hombre con un lado femenino tan desarrollado que optó por relacionarse con otros hombres, hasta una mujer envolvente, seductora y maternal, pero con una agresión devastadora. Me relacioné con muchos hombres que con la palabra eran capaces de decir las cosas más bellas, hasta acabar actuando las perversiones más inesperadas. En fin, una cadena de hombres, poco hombres y mujeres que fueron imposibilitándome para una relación estable y duradera.

Tuve que llegar al punto de verme con anillo de compromiso, vestido de novia y todo el numerito montado para la ceremonia, para poder decirme y gritarle al mundo que “eso” no era para mí. Nunca me arrepentí de mi decisión, ni de haber rechazado otras propuestas de matrimonio. Con los años y mi análisis, lo doloroso fue darme cuenta de la verdadera motivación de mi negativa.

Mi confianza había sido desmembrada a cachos desde pequeña, y todas las terapias del mundo no fueron suficientes para resarcir el daño. ¡Eso todavía duele!

Respecto a la tercera arista, Amanda, su experiencia sexual también fue devastadora desde sus inicios. Saliendo apenas como sobreviviente de la infancia, un amiguito se acostó vestido encima de ella, y eso bastó para desatar externamente un conflicto familiar entre los padres de los asustados adolescentes, y en ella, internamente, el detonador de su trastorno obsesivo-compulsivo. Se aterrorizó tanto al creerse embarazada, que se apretaba dolorosamente el vientre intentando abortar, hasta desencadenar su fobia

a sentirse y sentir todo su mundo contaminado. ¡Gran tortura! No obstante, fue su motor para pedir ayuda terapéutica a muy temprana edad. Ha sido su lucha constante desde entonces, y aunque ha logrado excelentes resultados, no ha podido vivir una sexualidad deseable. Ha pasado buscando el amor entre hombres y mujeres, sin conseguir definir su identidad sexual. Con las mujeres se relaciona indistintamente; a veces desde la parte que conquista, seduce y en aparente rol masculino, y otras tantas, colocada como la niñita demandante que busca aprobación y cariño en brazos de la madre. Con los hombres se relaciona desde la desconfianza; conscientemente le atraen fuertes, con presencia masculina y viril, pero acaba relacionándose con aquellos más suaves que podrían parecer afeminados, o con los que es imposible establecer una relación duradera.

Finalmente, a sus cuarenta años, no está contenta con su desempeño sexual; le avergüenza, se siente torpe e inadecuada.

## TRES GENERACIONES

Mi historia es algo más que un relato vivido o una sucesión cronológica de hechos consumados por azar del Destino.

Josefina Pérez Cano de Jiménez Arrillaga

Maruza, Patricia, Amanda. Tres generaciones, tres mujeres con circunstancias ciertamente parecidas. Escuelas de monjas, importancia familiar de los buenos modales, ensalzamiento de la imagen; valores que sólo vienen de cuna, amor por el trabajo y el conocimiento; creencia de que la valía de la mujer está determinada por la presencia de un hombre. Mujeres que luego de recibir el mensaje cotidiano de prepararse para la formación de una familia, de pronto y cada una a su manera, empiezan a darse cuenta, a edades precoces, de que “algo” de la realidad que les hicieron creer en casa no cuadraba con lo que vivían en su interior.

Ya desde la infancia había en las tres visos de insatisfacción dentro de la familia, aunque se permitieran fantasear de vez en cuando una infancia feliz, pues ¿quién puede luchar contra la intensidad de los propios sentimientos?

Pobre de aquel que atente contra ellos, y más aún si se pretende destruir ese mundo creado desde niños, con precisión tal que hasta logra preservar la vida. El brinco a la adolescencia, junto con el acelerado cambio hormonal, difícilmente les permitió seguir ocultando la problemática que intentaba a toda costa permanecer escondida. Así es como Maruza despierta a este momento de vida



con ataques de pánico, terribles sentimientos de culpa y abatimiento físico que van mermando su natural vocación a la alegría y destruyendo su salud física y emocional.

Patricia, en un cambio brusco, siente que no cabe ya en su cuerpo y, en aras de protegerse, su piel, que comienza a quedarle chica, estalla en un grito amordazado por la ceremonia de autodestrucción infligida a su cuerpo. Guarda años de silencio como respuesta a toda esa represión de la que, sin darse cuenta, había sido objeto. Atormentada igualmente por sentimientos irracionales de culpa y vergüenza, se refugia como Maruza bajo la sotana de curas sin escrúpulos y, aunque no llega al convento como su paciente, lo anhela profundamente como la única salida honrosa y anticipada de la casa paterna.

Amanda, un poco más libre de las cuestiones religiosas, no es atrapada emocionalmente por aspectos morales, pero quizá la forma que encontró para salvaguardar su vida le propinó —a través de su severo trastorno obsesivo compulsivo— un profundo e insondable dolor casi permanente.

Tres mujeres a las que el sufrimiento llevó desde muy niñas a buscar respuestas donde casi nadie se atrevía a explorar: en ellas mismas. Se convirtieron así en buscadoras incansables, mujeres aguerridas, mujeres que tuvieron que romper con las expectativas familiares. Mujeres en búsqueda de una identidad psicosexual dolorosa, atípica, llena de dudas y contradicciones. Mujeres para las que el hombre se tuvo que convertir sólo en “amigo” porque estaba muy lejos de emparejarse con ellas, y las amistades femeninas ocuparon un papel prominente en sus relaciones afectivas. Tres mujeres que se vieron forzadas a convertir su profesión en la posibilidad de realización personal, porque ya para su entonces el mundo “normal” de la relación les había sido negado.

Mujeres que en el rastreo permanente de respuestas que explicaran su desvitalización, su pensamiento y su deseo constante de muerte como única salida hacia la liberación de su sufrimiento,

brincaron durante años de un terapeuta a otro; de un marco psicológico de referencia a uno que ofreciera respuestas innovadoras o diferentes a las que ellas mismas ya habían elaborado. Fue en esa indagación interminable donde se toparon con la descorazonadora realidad de un abuso sexual, emocional, físico y del espíritu, perpetrado por quienes aun teniendo la obligación y la responsabilidad de cuidarlas y protegerlas, hicieron gala de su omnipotencia y las hundieron de por vida en la desolación y el desamparo.

Maruza, Patricia y Amanda, unidas por la experiencia de la ilegalidad sexual temprana, desarrollaron la enorme sensibilidad de proveerse desde muy jóvenes ayuda terapéutica –adecuada a veces, otras no tanto–, y de reclamar siempre figuras de protección que les brindaran las herramientas que les habían sido arrancadas años atrás en el intento de sentirse y saberse valiosas y resilientes. Ardua tarea que en las tres se convirtió en su motivo de vida. Una vida de lucha constante por recobrar la autoestima que les fue robada cuando apenas estaba en ciernes, y que en el despojo les arrebataron también la posibilidad de sentirse dignas de respeto y merecedoras de buen trato.

Se transformaron en mujeres con gran capacidad de introspección, en el afán de diferenciar aquello que les procurara bienestar de lo que, por el contrario, se convirtiera en fuente de incomodidad e insatisfacción, lo que podría parecer sencillo y evidente para alguien que no ha sido víctima de abuso, pero que en ellas, cada movimiento emocional implicó un gran esfuerzo. Algo en cada una había quedado profundamente escindido, y les resultaba difícil identificar el tipo de impacto que las acciones de otros tenían en sus vidas.

Como buenamente pudieron, lograron hacerse independientes de la familia, capaces de realizar algo por sí mismas, defenderse y poner límites, aunque no siempre con éxito. Crearon compensatoriamente una muy buena fachada social que hacía que su entorno las percibiera como mujeres libres, guapas, independientes,

exitosas, capaces de valerse por sí mismas y que, además, no necesitaban de un otro externo para sentirse completas y valiosas, cuando su realidad interna estaba marcada por no sentirse suficientes ni capaces de atraer a un ser que las pudiera amar; imposibilitadas para hacer pareja y siempre con la sensación de verse como niñas asustadas a las que fácilmente se les puede dañar. Por lo mismo, conseguían lo contrario.

Su capacidad para relacionarse profundamente siempre se vio limitada por la desconfianza. Al no saber discernir entre personas generadoras de confianza de aquellas que ejercían maltrato, sus vínculos afectivos no siempre podían ser sanos ni duraderos; paradójicamente, su misma cautela y desconfianza también les permitió crear relaciones de profunda intimidad.

Curioso también, como punto en común, fue el sentido del humor que las tres desarrollaron. Humor inteligente, sarcástico, agudo. Una manera básica de lograr reírse de sí mismas y de ver sus errores como un área de oportunidad en lugar de un fracaso. Una forma peculiar de sobreponerse ante la adversidad.

Por último, las tres encontraron, a través de la palabra escrita, el ejercicio genuino de su creatividad, imprescindible para transformar su experiencia de vida en un crisol de posibilidades, logrando a través de las letras desatar el silencio de la escisión emocional y denunciar de mil maneras el desmembramiento sufrido en la infancia.

## CADA QUIEN A SU MANERA

El tiempo es el mejor autor: siempre encuentra un final perfecto.

Charles Chaplin

Maruza escribió una carta a su madre cuando todavía no era consciente del odio que le guardaba, y aunque se alcanzaba a vislumbrar entre líneas su rechazo, era todavía más fuerte su amor incondicional elaborado intelectualmente.

Mi carta, por el contrario, parece estar llena de reproches, sin sabores, resentimiento y dolor. Sin embargo, fue escrita cuando finalmente logré acercarme a ella, tocarla y dejarme tocar. Cuando su frialdad ya no me congelaba y, sobre todo, cuando su silencio y el mío habían dejado de ser uno mismo. Maruza murió con la satisfacción de haber podido odiar a su madre; yo, por el contrario, quedé profundamente satisfecha de haber conseguido amarla.

Aquí ambas cartas:

Carta a doña Maruquita:

Cuentan, madre, que un tal Franz Kafka escribió a su padre una carta que jamás le entregó. Yo me he pasado la vida escribiéndote, en el corazón y con la pluma, cartas no entregadas y destruidas en las que podía verter las palabras que se me congelaban entre el pecho y los labios.

Aunque no lo parece, ahora escribo un libro y es mi carta que al fin recibirás, aunque te hayas ido antes. Representa el clímax de un

largo camino de maduración que me obligó a manuscibir compulsivamente durante algunos días, y después, a echar a vivir lo escrito. Su contenido heterogéneo tiene unidad en su común raigambre de infancia. Ya lo reconocerás.

Recibe, pues, esta carta que no lo parece y que tiene el pudor de expresarse tras el velo de los símbolos oníricos.

A diferencia de la misiva de Kafka –él era joven–, ésta mía ha fluido, creo yo, bajo el signo de la comprensión. Además, te lleva una palabra de gratitud: sin ti, yo no hubiera tenido que luchar a muerte de por vida, ni vivir cuanto he vivido, ni llegar hasta donde he llegado. Todo hubiera sido anodino y apacible, sin duda tedioso.

Gracias pues, madre niña y Madre Terrible, y madre muerta y –como el Fénix– siempre rediviva.

Maruza, tu hija.

Carta a otra María, mi madre:

¿Por qué así, mamá?

Fría como el mármol; seca, insípida, con sabor a silencio y muerte. Así eres tú, así has sido y no te puedo pensar de otra manera. Inquebrantable, imperturbable; a veces también indescifrable... Dual e inédita. Misteriosa en el fondo, pero delatada por tu forma. Dices que sí, aunque tus hombros rígidos y tiesos acusen lo contrario. Intentas mostrarte tranquila, apacible, entregada a la voluntad de lo Infinito, mas tus miedos son tan grandes que alcanzan a derrumbar tu enclenque sensación de plenitud.

Suave, sí, tanto que tu esencia se disuelve entre mis dedos. Tu cuerpo grita ser tocado, pero tus murallas laceran e impiden cualquier acercamiento; me empujas, te evades o simplemente tus brazos caen como flácidos hilachos, haciéndote parecer una enorme muñeca de trapo.

Tus ojos han perdido su color; yo me pregunto si alguna vez tuvieron brillo. Quién sabe quién habrá logrado arrancarlo. Miran al

horizonte lejano, pero no hay manera de cruzarlos con los míos. Son distantes y distraídos; ciegos a cualquier realidad que te disguste. Son transformadores, porque logras con ellos pintar la vida del color que te conviene. Tu pelo blanco ya se fue; sólo existe su rala huella cubierta ahora por un peluquín que te hace caer en la tentación de sentirte aún tan joven...

A pesar de tu añorada juventud, tus pasos lentos te delatan; ya no puedes ocultar ni el temblor de tus manos, ni tu desconexión con el mundo —porque tus oídos ahora también se niegan a escuchar—, ni los miles de pliegues que han empezado a escurrirse a lo largo de tus brazos.

Ya no puedes ocultarte, ya la vida te ha cobrado la factura. Sin embargo, no te rindes, no te permites sentir dolor ni agotamiento; tu garra inquebrantable surge dando la última de sus batallas. No te quieres entregar a una cama; ¿cómo vas a permitir que te vean sin maquillaje; sin tus pantalones rojos, verdes o amarillos; tus camisas impecables, tus medias, tus zapatos todavía de tacón, a tus ochenta?

Ni siquiera el contacto con la muerte ha logrado rescatarte de la eterna prisión de tu imagen. Has sido esclava del espejo, la vanidad y la belleza, tanto, que tu esclavitud se ha convertido en tu arma de rechazo.

Como hija, jamás logré caber en los precarios moldes de tu estética. Ya no hay tiempo, mamá, llegó al fin tu hora. Me apena verte partir repitiendo en voz alta tu pregunta eterna: “¿Cómo me veo, mi hijita?”

Quisiera tener el poder de arrancarte de ese espacio, de romper las cadenas que te aprisionan y que aún ahora te hacen sufrir. Desearía que mi amor fuera suficiente para ti. Daría lo mejor de mí para que te hicieras libre de expresar tus sentimientos y pudieras marcharte con la experiencia viviente de tu amor. Porque es indudable que lo tienes; si no, por qué tantas personas te querrían, por qué tantos hijos postizos, por qué tantas personas llamándote “mamá”. ¿Será porque eres una gran oreja y todo el que se te acerca está ávido de ser escuchado? Y quién mejor que tú, que para no meterse en problemas nunca contradices, jamás opinas algo propio y siempre te basas en la

sabiduría de lo que debes decir según la Biblia y todas las normas de la Iglesia. Además, tu fachada de generosidad siempre obra a tu favor: los demás primero, las obras de misericordia al pie de la letra, no se diga los mandamientos. Siempre sirviendo a los demás, siempre de buenas, siempre atenta a las necesidades de quienes te rodean; tu único defecto fue no ser de carne y hueso y la madre que me hubiera gustado sentir.

Sé que pido demasiado; tendrías que haberlo hecho tú misma. Yo sólo me quedo con el consuelo que le da a mi alma haber logrado amarte a pesar de todo. No te pude amar por lo que tú eras, pero me gané a pulso el derecho de amarte por lo que logré ser. Me quedo en paz y con la certeza de que allá arriba sabrán valorar eso que yo no pude.

Patricia, tu hija.

## Y, POR SI FUERA POCO...

De mis disparates de juventud lo que más pena me da no es el haberlos cometido, sino el no poder volver a cometerlos.

Pierre Benoit

A la muerte de su madre, Amanda tuvo que hacerse cargo de los trámites testamentarios y el arreglo de las propiedades heredadas. A regañadientes, lo pospuso hasta sentirse lista para tomar decisiones.

Por regla general, no acostumbro recomendar a mis pacientes ningún tipo de especialista que no sea un doctor y siempre a favor de la terapia. Procuro que el espacio terapéutico esté libre de cualquier amenaza que pueda contaminar o poner en riesgo el proceso mismo. Amanda ha sido un poco la excepción; un poco también por mi forma actual de trabajo y otro tanto porque este tipo de cercanía con ella ha favorecido su confianza y apertura. No dejo de ver mi deseo de querer resolverle la vida cotidiana a cualquiera que tenga una necesidad que yo crea poder satisfacer. Es algo sobre lo que constantemente tengo que hacer conciencia y detenerme, pues de lo contrario actuaría por impulso una y otra vez.

Indudablemente sigue operando mi gran necesidad de aceptación y reconocimiento. Parece mentira que un dicho rumano compartido por una paciente en mis primeros años como terapeuta resulte de gran utilidad ante mis impulsos indiscriminados de ayuda: “Si te llaman, vas; si te piden, das, y si no, quédate donde estás”.



Con Amanda, sin embargo, me ganó el impulso y le recomendé a Julio, mi hermano, para que le hiciera el avalúo de su casa y la pudiera vender cuanto antes.

Debo decir que días antes había comido con él, después de algunos años de distancia. Al hablar sobre la pareja, me aseguró que desde la muerte de Marcia, su mujer, nueve años atrás, su gente cercana se empeñaba en presentarle todo tipo de mujeres, como si lo vieran o muy solo o muy necesitado. Ninguna de las dos razones responden a sus circunstancias de vida. “Yo, ni loco quiero volver a casarme –me dijo–. Ya cumplí mi cuota y ahora no estoy interesado en salir con nadie. Es más... ¡qué flojera!”

Dos días después se vio con Amanda y, además de hacerle el avalúo, se detuvo a evaluar cada una de sus palabras, sus actitudes, su pelo, su sonrisa, su forma desenfadada y libre de actuar; hasta la altura entró dentro de sus mediciones y cupo perfectamente en sus parámetros deseables. No hay que olvidar que él mide 1.96 y Amanda rebasa la altura promedio de la mujer mexicana. En pocas palabras, le encantó.

De inmediato se comunicó a casa queriendo saber más, pero en mí, por fortuna, se encontró una barrera. Le hice ver que al ser mi paciente no podía revelarle ninguna información, y lo entendió sin insistir. A los tres días ya estaba desayunando con ella y confesándole que, para su sorpresa, se sentía como adolescente; quería llamarla todo el tiempo e invitarla a salir.

Me recriminé de inmediato haber creado de nuevo una situación de contaminación en la terapia, sabiendo que este “complejo” me jala constantemente, y reconozco en ello una huella profunda de esa parte incestuosa en la que mi tendencia inconsciente me lanza hacia ese lugar común y doloroso del que no me he podido liberar. Aunque en esta ocasión una parte de mí se sintió muy contenta por Julio. Al fin alguien había podido despertarlo; creo que antes de la muerte de Marcia él ya estaba lejos de este mundo.

Se le veía tieso, acartonado, con algo artificial, como si tuviera que convencer al mundo de su felicidad.

Al recibir a Amanda en su siguiente sesión, me tranquilizó poder hablar del tema abiertamente. No sentí que la terapia pudiera ponerse en riesgo, pues ella estaba muy clara de no querer una relación con él.

Sentiría que estoy con mi papá –me dijo–. Te das cuenta de que tiene unos cuantos años menos que él; Julio es un lindo, me gusta, podría ser mi amigo, siempre y cuando no quiera otra cosa de mí. Me queda claro que es el tipo de hombre con el que me hubiera encantado cruzarme hace años; culto, fino, todo un caballero. Me fascinan sus manos grandes, pero no puedo pensarlo como pareja. Imposible.

Al despedirse me dijo: “Adiós, cuñada”. Sólo nos reímos y, actuando de nuevo por impulso –lo que me disgustó–, respondí lo que ya no era necesario: “No hay que decir de esta agua no beberé”. Mi supervisora aventuró la predicción de que si el papá de Amanda muriera pronto, quizás abriría la posibilidad de que se diera una relación entre ellos. Lo dudo, pero como dijera mi madre: “Dios dirá mi’jita...”

Se hizo presente otro cruce de caminos en nuestras vidas y recordé el despertar sexual de mi adolescencia.

Mi papá, para entonces, me había causado el daño suficiente como para apartarlo emocionalmente, por lo que estoy cierta de que mi identificación con la figura paterna se dio de manera suave y natural con Julio, mi hermano, que era el hombre más cercano y accesible, y por los catorce años que me llevaba, podía fácilmente ser para mí un padre joven al cual, además, yo admiraba muchísimo por su físico imponente. Su pelo canoso desde entonces llamaba la atención, lo mismo que su altura, que llegaba casi a los dos metros. Cálido y cercano y, por sobre todo lo demás, comprensivo y consentidor. Obviamente me sentí enamorada de él. Fue mi gran

secreto adolescente, pero vivido con tal culpa que se convirtió en el primer pretexto para pedir auxilio. Mi mamá me llevó con un psicólogo, por desgracia también sacerdote, a quien le fue fácil romper la confidencialidad y, en aras de intentar ayudarme, le reveló a mi mamá el motivo de mi sufrimiento. Lo odié y nunca más quise volver a verlo.

Con él comenzó mi lista interminable de terapeutas y traiciones. Curiosamente, como amigo de la familia, fue quien años después celebró la boda de Julio y Marcia y ahí nos reencontramos. Fui víctima de un pésimo manejo de quienes, una vez más, teniendo que cuidarme y orientarme, me hundieron en la desolación y el desamparo.

Jamás comprendieron “lo normal” de mi enamoramiento. Julio representaba al padre cercano que nunca tuve y en quien deposité toda mi energía libidinal adolescente, matizada con la carga sexual propia de mis trece años. Si Marco, el cura, hubiera sido más inteligente y preparado, quizá yo habría pasado por alto su indiscreción. Lo que jamás pude perdonar fue su ignorancia. Inconcebible que le pidiera a mi mamá hacerme saber que juntas cargaríamos esa cruz. ¿Acaso había alguna cruz que cargar? ¿No era más pertinente desenmarañar una confusión adolescente? Además se atrevieron a decir que ambos me ayudarían por medio de la “Gracia” a disolver ese vínculo tergiversado para liberarme del pecado. ¡Inadmisible... qué horror! Aún ahora, años después, me cimbra recordar el daño causado. Jamás se dieron cuenta de cuán vulnerable quedé ante una distorsión tan grave de la realidad.

Años después, y para no variar, en una nueva terapia, al reeditar mi historia tuve que dimensionar los daños desde una perspectiva adulta. ¡Demasiado tarde, diría yo!

## ¿HASTA CUÁNDO?

El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable. Para los temerosos, lo desconocido. Para los valientes es la oportunidad.

Víctor Hugo

—Bueno, Marce, ¿hasta cuándo terminaré con todo esto? Años y años de terapia, y cuando creo que algo está superado, vuelve a aparecer con otra fachada. Estoy harta, desesperanzada, cansada de repetir mi historia. ¿De verdad estamos condenados a repetir nuestra historia una y otra vez? ¿Será cierto entonces que “infancia es destino”, como lo decían tanto los psicoanalistas en la universidad y que tanto he peleado y rebatido? ¿Es tan poderoso ese troquel precoz como para imprimir de por vida su sello a nuestros patrones de conducta tardía? Entiendo tanto a Amanda cuando la oigo decirme lo mismo. Quisiera respuestas, no más preguntas. Sin embargo, me miras, me exaspero, me dan ganas de escapar, mi mente se revoluciona y en pocos minutos ya no logro disgregar mi silencio.

Viene a mi mente un sueño que te conté en los inicios de mi terapia; en él me sentía identificada con un altar dorado, rebuscado, muy ornamentado y barroco. Recuerdo que fue la primera vez que te hablé de Maruza, pues ya en dos ocasiones nuestros sueños parecían tocarse, provenir del mismo espacio. Sé que a ella, como a mí, nos hubiera encantado ser un altar de iglesia minimalista, simple y sencillo, liso y plano; pero ambas teníamos que luchar con filigranas y vericuetos intelectuales, la mayor parte de las veces, agotadores.

En mis primeras sesiones te hablé de mi necesidad de cierres, de terminaciones, de aspectos por concluir. Venía de una escuela terapéutica llena de frases lapidarias que se agolpaban en mi mente, todas juntas, todas torturantes, todas vomitivas:

“El que busca la verdad, corre el riesgo de encontrarla”. “La cabra siempre tira al monte”. “Quien se mueve, se estrella, y quien se queda quieto, se pudre”. “La vida no es para cualquier carcacha”. “Si no tienes algo bueno que decir, mejor no digas nada”. “Para ser libre, primero tienes que dejarte cortar las alas”. “A terapia, todos los pacientes van a destruir la autoridad”. “No hay buenos terapeutas; sólo hay buenos pacientes”.

Desde el principio me hiciste sentir que se terminaría todo aquello, que me ayudarías a digerir, metabolizar y vomitar lo que fuese necesario.

Estar frente a ti fue como estar frente a todos mis terapeutas; sentir de nuevo que no tenía remedio, que finalmente no fue ni el sacerdote indiscreto de mi adolescencia, ni el terapeuta abusivo, ni la otra que me sometía, ni la que intentaba cogerme, ni el cura que también lo hacía; ni tú misma esforzándote en tratar de entenderme. No eran ellos... era yo: frente a frente, lidiando con mi propio silencio, con todos los fantasmas persecutores del pasado, dejándome invadir por la angustia y desconsolada una vez más.

Sólo una cosa había cambiado: por primera vez en mi largo camino por divanes y consultorios, a uno de mis terapeutas no le angustiaba mi silencio. Me acompañaste sin intentar sacarme de ese lugar. No pusiste condiciones, no me pediste absurdamente que lo resolviera; tampoco lo tomaste como un atentado a tu persona; ni lo interpretaste ni te hizo impotente; únicamente, sesión con sesión, tu energía fue dirigida a hacerme sentir lo expresivo de mi silencio. Tampoco lo calificaste, sólo insistías en que no había diferencia entre hablar y no hacerlo. Extraño, pero fue la clave para empezar a confiar en ti.

Lo que fue curando verdaderamente mis heridas, fue la relación de intimidad que establecimos. Cuántas veces me lo dijo Maruza casi con las mismas palabras que estoy usando contigo, y sin embargo, mi baja autoestima de entonces no me permitía creerlo. Ahora lo vivo y además con la certeza de que algo similar está sucediendo con Amanda. He dejado de ser una pantalla blanca y neutral para ella porque, sin contarle detalles específicos de mi vida, cuando llego a hacerlo le causa un impacto tan importante que es como si la oyera decirme con su peculiar estilo: “*Hello, Patricia, bienvenida a la raza humana*”.

Volviendo a mí... Era muy desconocido sacar mi vida del contexto del bien y el mal. Cuantas veces lo sugerías, se alertaban mis defensas, sobre todo si la balanza se inclinaba hacia lo que yo calificaba de negativo; por cierto, ¡casi todo! Siempre me encontraba en falta; siempre con el pánico de ser cachada, descubierta, puesta en evidencia, tanto, que si al llegar en tu coche me sorprendías caminando por la calle, bastaba para convertirse en el tema central de la sesión. Cuánta razón tenía el doctor Weber al decirme que Maruza era el regalo con el que la Vida me bendecía: “Esa mujer te va a mostrar tu sombra; tendrás que estar alerta para diferenciarte de ella. La Vida te la manda para ser el espejo de tus miedos y tus culpas. No lo olvides”.

Mi primer sueño fue el anticipo inconsciente de lo que sería el largo y sinuoso camino de la terapia. Sólo escuchaba repetidamente una palabra: ¡Exfoliación, exfoliación! Suficiente para saber que habría que quitar capa por capa; arrancar lo muerto, limpiar, dejar la piel en carne viva, permitir que aflore lo nuevo, esperar, esperar, esperar...

Desde el principio, y por un buen tiempo, no había manera de empezar la sesión sin antes pasar al baño. Algo tan simple se convirtió en suplicio permanente, no sólo por hacerlo, sino por el significado que deposité en él. Evocaba todas las viejas angustias; desde la niña frente al confesionario que siempre salía llorando,

con hipo y con ganas de ir al baño; la adolescente silenciosa, hasta la adulta incontinente en el llanto frente a cualquier situación en la que tuviera que mostrarme.

La escena temida apareció. Hubo un día en que el escusado, sin poder contener toda mi porquería, regresaba el agua a borbotones, al igual que la angustia se trepaba por mi cuerpo y se apoderaba de mi garganta. Ni cómo parar aquello; en pocos segundos el agua inmunda corría por el piso sin posibilidad de detenerla. Lo peor es que tú ya me esperabas. Y seguiste esperando, porque yo no fui capaz de dejar así nomás aquel batidero. Sin otro remedio que confesarte lo sucedido, me prestaste jergas y cubetas con las que más o menos lo externo parecía haber quedado presentable. El escusado, imposible, porque para colmo no contabas con ninguna bomba para destapararlo; no tuve otro remedio que dejarlo como estaba y permitir que la persona del aseo se hiciera cargo de mis cochinas. Recuerdo con agradecimiento tu delicadeza; consciente de mi mortificación, cerraste la puerta y colocaste sutilmente el letrero: “Fuera de servicio”, que desde ese día no hace otra cosa que evocar ese penoso hecho.

Aquella sesión, o lo poco que quedó de ella, la recuerdo con horror. Intentaste quitarle, si no importancia, sí la carga emocional que tuvo para mí, explicándome que en mi espacio terapéutico tenía el mismo peso simbólico expresar mi amor y gritarte que te amaba, que cagarme en medio del consultorio.

Me costó entenderlo, pero una vez más, borraste el juicio de los hechos, pero qué tan fuerte sería que, aún así, la vergüenza me rebasó por largo tiempo.

Cuando usabas palabras que tenían que ver con caca, todo en mí se convulsionaba. Yo no me atrevía a pronunciarlas, y escucharlas en tu boca parecían quitarte lo immaculado. No lo soporté; aún te tenía demasiado idealizada.

El tema del baño fue recurrente. Gracias a ello pude ver cuánto de mi vida había girado alrededor.

Mi mamá y sus hermanos quedaron fijados en esa etapa a la que Freud con justificada razón calificó de anal. El día en mi casa empezaba con el reporte diario del volumen y consistencia de la “fuchi” de mi madre –como le llamaba– y su dificultad para ir al baño, compartiéndonos, por supuesto, si previo a ello se había tenido que poner un supositorio de glicerina, sin saltarse el comentario sobre el laxante de la noche anterior. Para rematarla, todo sucedía durante el desayuno, entre un sorbo de leche y una quesadilla.

Era tan natural y arraigado en ella, que a pesar de mi molestia expresada una y mil veces, me acostumbré hasta su muerte a verla reducida a un mundo pequeñito donde el ano era el centro de su vida, y todo lo que salía de él, su enorme gratificación. No en vano el cáncer de colon acabó con su vida; no podía ser de otra manera. Pienso con tristeza la forma tan dolorosa en la que acabó. Curioso también ver cómo Julio, mi hermano, su “querubín”, su más allegado tesoro, buscó en Marcia su mujer, una esposa que repetía a pie juntillas el mismo patrón. Se regocijaba haciéndonos saber de su caca o de su estreñimiento. Sus dos temas favoritos...

Fui perdiendo contigo el miedo y la vergüenza de hablar del excremento porque, con frecuencia y por diversas razones, una y otra vez entrábamos a ello jaladas por los simbolismos que mostraba mi inconsciente.

En mis sueños, el sexo y la porquería siempre iban unidos. Anterior a mi análisis, era un tema en el que ya me había dado por vencida. Mi mente estaba tan contaminada de pensamientos sexuales morbosos, albures y dobles sentidos que, de antemano y antes de pisar tu consultorio, la batalla estaba perdida.

En mi inconsciente se empezó a manifestar mi confusión: o me masturbaba a la orilla de una cama llena de pedazos de caca flotando, o veía a mi papá en su cama sabiéndolo desnudo y masturbándose. Recuerdo un sueño claro en el que estoy en un lugar que parece mi casa de infancia y arriba de mi cama, estoy arreglando el cajón del buró de mi papá. Al guardar todas sus cosas, veo que



hay una caja sin tapadera con varias argollas rojas de madera de diferentes tamaños, como las que se les ponen a las cortinas. Al verlas de ese color llamativo, pienso: “Tienen que ser de mi papá”, por su obsesión por el rojo. Continúa el sueño y estoy viendo una película en donde un jovencito pregunta: “¿Qué es un papá?” Yo de inmediato respondo: “Es un hombre que se masturba”. Me sorprende muchísimo mi respuesta y, dormida aún, pienso que esas argollas representan la vagina y que tienen que ver con las mujeres de mi papá, y yo entre ellas. Todavía en duermevela, una y otra vez me repetía: “No voy a poder, no voy a poder”, y cada vez que lo digo, viene a mi mente Amanda, que me lo repite de igual manera una y mil veces.

Recuerdo también la angustia de Maruza cuando me preguntaba: “Patricia, ¿valdrá la pena que a mis setenta y cinco años siga luchando a pesar de sentir que no voy a poder? Lo único que me alienta –continuaba– es tu fe en mí. Oigo tal convicción en tus palabras cuando afirmas que sí lo lograré, que tu certeza me hace seguir adelante”.

Me evoca también lo que me decías desde el principio, Marce:

Patricia, a veces los terapeutas somos como cajas fuertes; guardamos por un tiempo los valores que los pacientes aún no reconocen como propios, y ya cuando los pueden contener, se los regresamos y se despiden con ellos bien puestos. Esta fe que ves en mí, es tuya, Patricia, por algo ya la puedes ver en mí; muy pronto me la reclamarás como propia.

Y así fue, salí de su consultorio reclamando lo que era mío. Además, tuve el privilegio de que Maruza cerrara mi puerta con la fe bien puesta y la certeza de que sí había podido.

Mi ambiente familiar entero estuvo tan sexualizado, que lo habitual era que cualquier conversación acabara pasando por el tamiz de lo burdo, lo vulgar y hasta soez; obviamente acompañado

de un picaresco e irónico sentido del humor del que no todos en casa logramos escapar.

Fuimos creciendo adiestrados a reír las vulgaridades de mi papá como algo natural; tan natural, que mi santa madre –como él la llamaba– se transformaba en diabólica cuando, por su impotencia, se coludía, toleraba y hasta festejaba todo aquello que frente a unos niños pequeños estaba totalmente fuera de orden.

¿Era acaso posible discriminar en ese ambiente el verdadero sentido del humor del que todos participábamos, de aquello que hería profundamente mi dignidad y que tenía que soportar pues, de lo contrario, era blanco de la burla o del ataque familiar? ¿Podía pretender preservar mi integridad en una familia tan profundamente perversa, cuya apariencia lograba engañar, no sólo a los más cercanos, sino hasta a los que vivíamos dentro?

Muchos años me llevó comprender lo que me señalaste desde el inicio de mi análisis: “¿Te das cuenta de tu fuerza?, ¿puedes percibir cómo nadie pudo matar ‘eso’ que había en ti desde pequeña y que te hizo defenderte de todas las maneras posibles?”, preguntabas.

En un principio fue difícil reconocerlo; poco a poco y sólo a través de sueños y recuerdos, la verdad apareció ineludible ante mis ojos. Empezó a tener sentido el que desde niña llorara cada inicio de año escolar intentando que me metieran de interna; jamás lo conseguí. De adolescente pretendí ser monja. Pasados los veinte me fui a vivir a San Diego y, finalmente, en mi juventud, apenas logré ser autosuficiente, se hizo realidad lo que desde años atrás tanto anhelé: vivir sola, tener mi propia casa, hacerme la ilusión de que rompía con todo aquello.

Con cuanto tema aparecía en mi análisis, la confusión se hacía más evidente. Todo, absolutamente todo en mi vida interna y externa pasaba por el cedazo de lo confuso, lo ambivalente, lo erróneo: cabía entonces preguntarme, y de hecho tú lo hacías, cómo había logrado sobrevivir sin enloquecer en ese ambiente tan contaminado.

La primera vez que te escuché, te sentí agresiva; parecía exagerado que hablaras de locura. Desgraciadamente, había mucha razón en ello y, aunque no tan pronto como hubiera querido, pude traducir la locura como esa escisión en mi psique que me había dejado desprovista de cualquier sentimiento. Gracias a ti fui triunfando sobre la desintegración, y mi vida interna empezó a modificarse. Estaba tan defendida y había conseguido estructurar y perfeccionar tanto mi imagen, que obviamente lo que salía a borbotones y me sorprendía en cada sesión y en mi vida entera, era mi vulnerabilidad.

Es increíble cómo una mirada, un pestañeo, un silencio, una palabra a destiempo transformaban mi estado de ánimo en segundos. Cuántas y cuántas veces, al abrir tu puerta y recibir lo que yo traducía como indiferencia, aquello se convertía en el centro de mi análisis y me provocaba cualquier cantidad de sentimientos que se volvían incontenibles y sólo se expresaban en llanto o en silencio ante mi incapacidad de verbalizar lo sucedido.

Otra vez vuelve Amanda a colación. Cuando siento su sufrimiento traducido en hipersensibilidad, me duelo de mí misma al ver lo que puede interpretar en mi tono de voz, en mis palabras; no se diga actualmente en los famosos mensajes telefónicos a los que imprime generalmente un tono adverso. Somos tan parecidas que icómo no se va a sentir totalmente entendida!

Si hablar de mí, de mis sueños y mis problemas era difícil, cuánto más tratándose de la relación contigo, Marce. En un principio no había espacio emocional para referirnos a nosotras, únicamente hacías mención del contenedor terapéutico como algo cerrado que habría de ser celosamente cuidado, tomando en cuenta las experiencias previas de contaminación y abuso por parte de mis terapeutas.

Venía de un ambiente familiar pestilente y perverso aunado a un larguísimo proceso de formación terapéutica que no hizo otra cosa que constelar lo más enfermo de mi vida en familia.

“Discriminar” era el término recurrente que utilizabas para ayudarme, pero carecía entonces de un significado emocional.

Semana con semana, me fuiste enseñando a desmenuzar el contenido de mis palabras, de mis acciones y de los acontecimientos externos; no se diga de mis sueños y mis actos fallidos; como el de aquel día en que, sin pensar en las consecuencias, toqué el timbre de tu consultorio antes del tiempo de mi sesión y, además, no respondí en el interfono, y todo por querer que tu paciente anterior bajara rápido y me dejara su lugar en el estacionamiento. Creo que fue la primera confrontación que recibí, pero también la primera vez que era confrontada por lo que hacía y no por lo que era.

A través de ese sencillo hecho pude asomarme desde otra perspectiva a ver mi demanda, mi necesidad desbordada, mis deseos de ser la única y la más importante y mis ganas de desaparecer a todos los que habían llegado antes que yo a la vida y me habían quitado lo que creía que me correspondía.

De ahí en adelante te observaba y observaba tratando de entender cómo le hacías para ponerme frente a mi realidad sin lastimarme, sin señalarme y, sobre todo, sin hacerme sentir culpable.

Me gustaba llevar a mis sesiones todo lo que considerara útil para ponerle palabras a lo que sentía y no podía expresar: dibujos, recortes, programas de tele, películas, canciones y muchas cosas más. Así fue como, leyendo el libro de *Mujeres que corren con los lobos*, me topé con la descripción que refería las características de la mujer domesticada que, por adaptarse mal, pierde su instinto salvaje, y con la que me sentí profundamente identificada:

Seca, frágil, deprimida, fatigada, confusa, amordazada, abozalada, apática al extremo, asustada, lisiada, débil, falta de inspiración, animación, espiritualidad o significado; avergonzada, voluble, asustada,

carente de creatividad, comprimida, enloquecida, impotente, crónicamente dubitativa, temblorosa, bloqueada, incapaz de seguir adelante, inerte, insegura, vacilante e incapaz de controlar el propio ritmo; cohibida, lejos del propio dios, separada de la vivificación, arrastrada hacia la domesticidad, el intelectualismo, el trabajo o la inercia. Con temor a aventurarse en solitario; buscar un padre o una madre, temor a emprender un viaje, a interesarse por otro o por otros, huir o venirse abajo, rebajarse ante la autoridad, perder energía, sentir encogimiento, humillación, angustia, entumecimiento, ansiedad e inadecuación; temor a reaccionar con agresividad; temor a probar cosas nuevas, enfrentar desafíos, hablar claro, oponerse, sentirse cortada por la mitad, asfixiada; conciliadora o excesivamente amable, vengativa por temor a detenerse o a actuar; con complejo de superioridad, ambivalencia y discapacitada para obrar a pleno rendimiento.

Repaso, como si fuera hoy, la sensación dolorosa de cada una de esas palabras. Nunca antes había encontrado algo que reflejara tan fielmente mi estar en la vida. ¿Podría alguien seguir viviendo, luchando y levantándose cada mañana con la vida auestas y en tal desesperanza y abatimiento? ¿Podría algún día llegar a amar la vida o por lo menos no querer morir a cada instante con todos aquellos sentimientos sobre la espalda y clavados en el corazón? El reto me parecía imposible, aún así, lo construimos y logramos juntas.

Cada vez que hablaba de mi muerte, de mi deseo de desaparecer o de mi famosa frase de “aplicarme la eutanasia”, tú lo relativizabas preguntando qué partes de mí querían morir, qué otras necesitaban desaparecer y a qué situaciones era urgente aplicarles la eutanasia. Cuando tuvimos una fuerte alianza terapéutica y recurrían los pensamientos suicidas, con toda tu autoridad preguntabas qué tan serias podían ser mis intenciones y actuabas con toda fuerza, mandándome al psiquiatra, instándome a tomar

medicamentos, ayudándome a cuidar de maneras diferentes, pero siempre confiando en mi buen juicio.

El cuidado fue otra de las grandes confusiones en mi vida: aunque no lo recibí, me hicieron creer lo contrario. ¿Puede acaso considerarse “cuidado” la actitud temeraria de mi papá al ofrecerme dinero por lanzarme del trampolín más alto, siendo apenas una pequeña de tres años que ni siquiera sabía nadar? ¿Cuida un padre la dignidad de su hija cuando despertando a la adolescencia se burla de sus primeras manifestaciones amorosas, evidenciándola frente a quien ella amaba en silencio? ¿Es cuidado el que una madre se dé cuenta de los abusos cometidos contra su hija y, dejándose llevar por el miedo, prefiera coludirse con su marido que intervenir con una fuerte protesta y denunciar los hechos? ¿Se cuidan los sentimientos de una niña al manipularla por dinero para aventar la bandera en medio del patio de la escuela en una ceremonia en la que, por méritos propios, fue escogida como abanderada oficial? ¿Con qué autoridad puede una madre hablar de cuidado si frente a ella el doctor le pide permiso para faltarle al respeto a su hija y ella lo concede? ¿Es cuidar a una adolescente hacerle bromas soeces delante del incipiente novio? ¿Coserle los calzones a la camiseta a una niña que apenas está aprendiendo a ir al baño? ¿Meter dentro de una faja llena de varillas a una adolescente, por satisfacer los deseos estéticos de una madre? ¿Esto es cuidado, enseñanza, control, qué es, por Dios? ¡Que alguien me explique!

¡No y mil veces no! ¡Eso no es cuidar!

Cuidar a un hijo es mostrarle su valor, enseñarlo a respetarse y a respetar a los otros; es tratar con delicadeza sus primeros sentimientos y enseñarle a expresarlos; es convertirse en su espejo y reflejarle la maravilla de su ser, es poner palabras en su boca y ampliar el vocabulario de sus emociones; es darles cabida a todos y cada uno de sus sentimientos; es mostrarle con admiración a respetar lo sagrado; cuidarlo es también impedir que se haga daño, es estar pendiente de sus temores, de sus dudas, de sus preocupaciones; es

no minimizar nada de lo que le duele; es enseñarlo a discriminar lo que le hace bien; es no hacerlo sentir responsable de lo que no le corresponde; cuidarlo es tener la capacidad de crear un vínculo afectivo y no permitir que se destruya; finalmente, cuidarlo es enseñarlo a cuidarse y amarse. Cuidarlo es no depositar en él todas las culpas de las que los padres no pueden hacerse responsables.

Y cómo no iba a estar confundida si, para mí, nunca hubo límites, ni de parte de mis padres ni consecuencias negativas por mis acciones y menos por las de ellos... Sólo hubo restricciones, domesticación, imposición y sometimiento.

Las formas, lo externo, lo visible fueron los únicos elementos que pude traducir como cuidado: ponte el suéter, no hables con la boca llena, baja los codos, lávate los dientes, saluda, despídete; todo o casi todo lo que podría hacer un animal domesticado...

¿Y de valores y de moral y de ética humana? Nada. Tan sólo la terrible confusión con lo religioso; porque, eso sí, el *Señor Obispo* (como le decían de joven a mi padre) y *Santa María del Valle* (como fue bautizada mi mamá), eran un dechado de virtudes. Dios, la religión y ellos eran lo mismo.

La misa diaria durante toda su vida, el rosario rezado en familia, los viernes primeros, el diezmo y la confesión; la visita de las Siete Casas, el ayuno y la vigilia en Cuaresma, los ejercicios espirituales, los Credos del Viernes Santo a las tres en punto, el culto a la Virgen, la devoción al Sagrado Corazón, las obras de misericordia, el consabido ofrecimiento de flores en el mes de mayo y todas las demás cosas que pude haber olvidado, les hicieron creer —y pienso que a mí también— que en verdad teníamos el don de pertenecer a una familia en la que se privilegiaba la bondad, la armonía, la ayuda a los demás y el buen sentido del humor por encima de cualquier otro valor.

¡Qué vomitivo y aberrante!

Desentrañar el misterio de los padres siempre resulta una tarea ardua y difícil, pero desenmarañar a los míos que casi vivían

en eterno olor a santidad fue una labor de filigrana, de muchos años, muchos tropiezos, grandes desilusiones, rabia, coraje y una inmensa, inmensa tristeza.

Cada vez que encontraba una pieza de mi rompecabezas psíquico, regresaba a mi mente, como un *koan zen* obsesivo, la gran pregunta que me había hecho por años con la certeza de no descansar hasta obtener la respuesta: ¿qué habría pasado en mi vida para despertar un día siendo una adolescente gorda, horrible, silenciosa y profundamente triste, después de haber sido una niña hermosa, delgadita, alegre y traviesa?

Por fin en mi vida algo comenzaba a tener sentido: analizar a mis padres, empezar a descifrarlos, me dio la posibilidad de caer en la cuenta de que una parte en mí ya lo sabía desde siempre; lo había percibido con la agudeza y sensibilidad que tuve desde niña; también lo había sufrido y hablado, a pesar de la sensación de traición por hacerlo, y aunque comprobar que nadie a mi alrededor percibía lo mismo se convirtió en mi locura y mi estigma. Se me calificó en tono burlón y despectivo de “rara”, “la madura”, “la de la adolescencia imposible”, “la que siempre hallaba lo negativo”, “la que tenía que encontrarle un porqué a todo”, como si encontrárselo fuese de suyo algo perjudicial. Creo que no les convenía una niña que husmeara y delatara las verdades ocultas.

Mi infancia feliz se desvaneció por completo; efectivamente, por fuera era linda y quizá también alegre y traviesa, pero todo indicaba que el dolor, la muerte, la soledad y el abandono habían nacido conmigo. Venía de una matriz endurecida como piedra por pérdidas y abortos y, desde mi llegada al mundo, estuve en brazos de una madre muerta, congelada, generadora de ansiedad, incapaz de transmitir la más mínima emoción y con la carga y el miedo de quedar bien con un hombre egoísta y demandante, imposibilitado emocionalmente para ver más allá de sus propias necesidades: mi padre.



Nací prematuramente, con escasos ocho meses de gestación, y creo que mi incubadora, a los pocos días de nacida, fue el sol de Acapulco. Mi mamá, renuente a viajar por sus condiciones de restablecimiento, fue vencida de nuevo por el miedo, permitiendo que mi papá, como de costumbre, se saliera con la suya.

Un mes más tarde, mi mamá estaba de nuevo embarazada y a punto de perder la vida por un complicado y aparatoso aborto. Vio muy de cerca su muerte; los médicos pronosticaban un fallecimiento inminente y, aunque su cuerpo resistió, emocionalmente no pudo conseguirlo. No sólo vine de una matriz con olor a muerte, sino que fui amamantada por una mujer cuya leche pudo haberse confundido con el sabor amargo de su propio llanto y con la huella marcada por sus culpas y su profunda escisión.

Pienso ahora en un sueño que tuve en el que mi urgencia era contártelo porque mi inconsciente me señalaba la pista de lo que pasaba con mi gordura, dado que mis primeros meses tuve una madre dividida entre los hijos a los que intentaba ganarse y la represión de un duelo que obviamente tuvo que experimentar, aunque ni se diera cuenta de ello.

Referirse a la obesidad como la expresión de una fuerte necesidad afectiva, de un abandono por parte de la madre o un sinfín de carencias a edad temprana es un camino fácil y un lugar común. Mis terapeutas anteriores se dejaron seducir por los libros y por las teorías y encasillaron mi sobrepeso en interpretaciones que iban casi todas por esa línea; afortunadamente, tú no te quedaste en apreciaciones intelectualizadas que me hubieran vuelto a dejar sin salida; por el contrario, nos aproximamos al tema una y mil veces y lo abordamos desde tantos ángulos como tu agudeza y mi paciencia nos permitieron.

Había tantas vertientes que confluían en el problema, que refugiarnos en un solo factor hubiera sido tanto como reducir el calentamiento global al uso de aerosoles. ¡Imposible!

Nunca negué el abandono del que sí fui víctima, pero la gordura desbordada de mi adolescencia fue una de las tantas expresiones

de esa edad en el intento de separarme, de encontrar mi propia identidad, de decir “no” a una madre profundamente envidiosa que se regocijó enfundándose en una faja, pues yo no cabía ni física ni emocionalmente en los parámetros de su estética. Y así como ella trataba por todos los medios de verme esbelta, yo por mi parte intentaba de todas las maneras posibles romper con el estereotipo de mujer que había diseñado para mí. Mi comprensión de los catorce años no me alcanzó para darme cuenta del precio tal alto que pagaría por esa decisión a lo largo de mi vida. Que-riéndola perjudicar, resulté profundamente dañada.

Aún en su muerte no cejó en su empeño de pasarme revista, de escanearme de arriba abajo y siempre con un gesto desaprobatorio o un comentario respecto a las variaciones constantes de mi peso; siempre haciéndome saber con qué ropa disimulaba un poco más mi gordura. Fue tal su obsesión con su peso y con el mío que, a sus ochenta y un años, lamentaba haber perdido el atractivo de la firmeza de sus piernas, una vez avanzado su cáncer terminal.

Jamás pudo asimilarme como una persona gorda, y menos aún hacerse responsable de su profundo rechazo hacia mí. Era tan evidente para todos y tan ciego para sí misma, que recuerdo tu indignación, Marcela, al platicarte que me había pedido que me volteara de espaldas a ella para que se pudiera reír de cómo se me veían los pantalones. Ni siquiera cuando alguien que presencié su petición se negó a coludirse con su agresión, pudo aceptar que yo no le gustara. Por el contrario, al final de su vida eran tantas sus alabanzas hacia mí, que se fue con la certeza del profundo amor que me tenía. Nunca en mis largos años de terapia te había percibido tan enojada como ese día. Te sentí totalmente mi aliada.

¿Recuerdas cómo ese hecho marcó el rumbo de la terapia en la que gracias a su comentario destructivo me llevaste de la mano a ver su sadismo?

Jamás entendió mi constante grito desde adolescente cuando sacaba la cabeza por la ventanilla del coche y gritaba con fuerza:

“Mamá, ¿por qué no me quisiste?”. Nunca, nunca, la oí en una autocrítica veraz, certera, fiel a lo que manifestaba externamente; por el contrario, siempre vivió en la más absoluta negación y represión de sus sentimientos que, obviamente, al no ser dichos ni reconocidos, los actuó consistentemente hasta el fin de sus días.

¡Cómo hubiera querido algún día escuchar de su boca cualquier expresión de desacuerdo, de rechazo, quizás hasta de repudio! Hubiera sido más fácil, más congruente, más creíble, pero no fue así. Siempre creyó que el rechazo venía de mi parte. Era cierto también, pero nunca la oí discriminar que mi conducta hacia ella fuera el resultado de su frialdad, de su imposibilidad de comunicarse conmigo y de ponerme límites, simplemente de no amarme.

Me culpó desde muy pequeña del muro infranqueable que había levantado entre nosotras; a pesar de aclararlo miles de veces a lo largo del tiempo, con frecuencia lo olvidaba, volviendo siempre a depositar en mí la responsabilidad de nuestros silencios. El silencio se convirtió en uno de mis grandes tormentos; acompañado de angustia tamizó por décadas los más importantes y dolorosos momentos de mi vida. Por ello, como te lo menciono al principio, ha sido tan valioso encontrarte como la única persona que no lo asumió como una afrenta personal. Sólo así he podido rescatarme con mayor facilidad cada vez que reincido.

Vuelve a presentarse en este punto lo coincidente de tres mujeres, Maruza, Amanda y Patricia, cuyas madres no soportaron ni la gracia, ni la simpatía, ni la independencia de sus hijas.

Madres las tres, deseosas de hijas diferentes, que encajaran en sus estereotipos de belleza. Madres que al encontrarse con hijas a las que no pudieron someter, decidieron competir con ellas. Las envidiaban porque hubieran deseado hacer lo que sus hijas se atrevieron, y ellas, por la época que les tocó vivir, por sus circunstancias o por sus miedos, no lo intentaron y no les quedó otra alternativa que intentar destruirlas, con su envidia encubierta, con la palabra, o ingeniándoselas de mil maneras para alejarlas del padre.

Conforme avanzaron los años de análisis, y con ellos la profundidad, qué compleja se volvió mi figura materna. Desde la madre generadora de angustia de los primeros días; la que desde antes de que yo tuviera uso de razón ya me había depositado sus culpas para hacerme vivirlas como propias al no poder hacerse responsable de ellas; la madre sexualizada que tampoco logró cargar con sus propias distorsiones, y nos hizo creer que la perversión, en ese sentido, venía de mi papá, y que ella tan sólo era una víctima más; hasta la mamá con fachada de sometimiento, paz y tranquilidad que, manipulando al mundo, vivió perennemente controlándose y controlando su entorno.

Con razón Nietzsche decía “que la sensualidad es como una perra que mordisquea los tobillos. Y una perra que sabe muy bien cómo suplicar un pedazo de espíritu cuando se le niega un pedazo de carne”.

## ¡ESPÍRITU DE FAMILIA!

La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado.

Gabriel García Márquez

Amanda aceptó gustosa colaborar en mi proyecto al saber que estaba relatando la coincidencia vivida entre su tía Maruza, ella y yo. No sólo me autorizó incluir su escrito en mi narrativa y se puso a trabajar en su versión de la historia, sino que se mostró conmovida al sentirse incluida.

Aquí sus palabras:

¿Cuánto tiempo de inmersión y de transcurrir interior habremos dejado entre las dos en su consultorio? ¿Cuántos años? Porque... ¿cómo se cuentan los que atañen al alma y al trabajo de ir limpiando, con el ritmo que se puede, cada rincón de nuestra mugre?

Patricia, esa guía incansable que se atreve a incursionar en los laberintos humanos, sabe más de ella que yo. Confieso que a ratos me da curiosidad, porque Maruza era mi tía, la mujer que hace más de una década me escribió: “Tú y yo somos semejantes, y de muy especial manera”. Y esa semejanza fue a posarse frente a Patricia, con una diferencia de veinte años.

Hoy creo que mi tía Maruza fantaseó su vida, que tuvo la mágica capacidad de crear un mundo que la lastimara menos. Pero, ¿cuánto de lo que contó fue producto de la imaginación? El hecho es que su maestría para narrar nos engañó sutilmente, sin producir efectos

secundarios. Más bien nos envolvió, nos sentó frente al escenario que pintó, que cinceló, que adornó, que modificó, uno tristealegre, como solía decir. Abrió y cerró el telón como le vino en gana, sobre todo con sueños, con palabras duras y hermosas, con valor.

Insisto en que ella la conoció mejor, y eso que fui su sobrina predilecta, su ahijada, que quiere decir “hija”. Sí, existieron *Fígaro* —el hermoso pájaro de colores que ella domesticó—, un búho, un perrillo del que recuerdo poco, la “niña Justina”, Fernando Santín y ese viejo, Raymond, que la visitaba y le llevaba mermeladas y licores de frutas.

Pero... ¿y los demás personajes?, ¿la Sophie que aparece en *Crónica de un andar* y el Mátyás, Mat, de *Cartas desde Budapest*? Ése, Mat, el húngaro con quien se casó el 1 de diciembre de 1975, cerca de cumplir cincuenta y seis años “[...] un hombre de veras hombre”, matrimonio de fuego en la congelada Siberia, que mantuvo en secreto por “motivos húngaros”.

Yo la admiraba, esa capacidad para reír, para escribir, para recordar, para estar sola y vivir alerta. Me encantaban su bolsa de piel de cocodrilo que lucía muy oronda, esos zapatos finos con agujetas que ella se atrevía a usar, muy europea, iy el mechón blanco que le caía con elegancia sobre la frente! Así la vi desde que era niña, llegaba la dama altiva, elegante, risueña, sabedora, viajera.

Ella hizo alarde de una memoria prodigiosa hasta el final, y a mí, aunque se me escapan varias cosas, jamás se me pasó felicitarla un 7 de marzo. Pasaba por ella y la llevaba a comer. Antes caminábamos por el angosto callejón que se escondía entre avenida Coyoacán y Martín Mendalde.

No recuerdo el nombre del lugar en el que disfrutábamos de una pizza hawaiana, pero platicábamos sin que se colara el tiempo, el que puede medirse y el medio siglo que se esfumaba entre ella y yo. Deambulábamos entre su mundo y el mío, cómplices de nuestros secretos y, precisamente, de nuestras semejanzas, una de ellas la profundidad que alcanzábamos, supuestamente alentada por la casa de Piscis.

Dicho con sus palabras, “cobijó mi adolescencia y primera juventud”, no había trabas para hablar, tampoco secretos ni filtros. ¡Qué

feliz era cuando me quedaba a dormir en su buhardilla! ¡Cuánto me gustaba! Llena de viajes –Hungría, Polonia, Francia, Italia, España, Perú, Ecuador–, de historias, de recuerdos, y me imagino que también de secretos.

Siempre ahí, en su cuarto, la foto de quien se suponía era mi prima hermana, Sophie de Cabestaing, una adolescente en camisón que debió haberse parecido más al papá de ojos húngaros que a Maruza.

Pasaron los años, tan rápido como las estrellas fugaces que perdemos en cielos oscuros y contaminados como los de esta ciudad. Conocí la depresión, el temible lastre de la inseguridad, el deseo de desaparecer, la angustia, el miedo, la delgada línea entre la enfermedad y la salud mental.

Y la seguí visitando, aunque con menos frecuencia. Gran sonrisa cuando me veía cruzar el umbral de su puerta. Pasaba la mayor parte del tiempo en su sillón, ya no escribía, pero seguía leyendo, informándose, y sobre todo reviviendo. En varias ocasiones me habló de su terapeuta, una maravillosa mujer que la había conectado con el odio a su madre, a mi abuela. Así lo plasmó: “[...] sin ti, yo no hubiera tenido que luchar a muerte de por vida, ni vivir cuanto he vivido, ni llegar hasta donde he llegado”.

Maruza estaba enojada, harta, agresiva, cansada, en su rincón y su sillón favoritos. Su sobrina tampoco andaba bien, altos treinta encima y, como en repetidas ocasiones, frágil y apesadumbrada. De repente y sin ningún preámbulo, se me ocurrió preguntarle por Sophie, su hija, a quien con letras impresas describió como “extraña y rebelde [...] a todo lo aparente y convencional”.

La parió para ella y para todos los que la rodeábamos; sin embargo, me gritó que no existía, que nunca había tenido una hija y que sólo era una mentira. Y dijo más, que su madre había abusado de ella y de sus hermanos.

¡Confirmé que la historia se repite! Me asusté, más angustia, no era mi mejor momento para lidiar con el tamaño de su confesión. Me entró terror. En mi mente, volcán en erupción, repetía estas palabras: ¡Familia de locos, todos en esta familia están locos!

Y como para aliviar la tensión, tomé un cuaderno. Di vuelta a las hojas y me topé con un nombre, escrito con tinta azul y letras grandes. Lo miré, sí, como queriendo reconocerlo, como si fuera una pintura que aún en el caballete se devela toda ante el espectador. Después sólo quise huir, me acerqué a besarla, abrí y cerré la puerta para dejar atrás la realidad y bajé cuatro pisos a la velocidad de la confusión.

Ya estaba en mi coche cuando me percaté, con gran sobresalto, de que el nombre que había leído era Patricia, la misma, la Patricia de ella y la mía, ¡pero yo no quería compartirla! Era lo único que tenía para mí, el cuarto que exorcizaba el espíritu de mi familia.

¿Qué sabía de mí?, ¿qué información le había dado ella sin que yo la avalara? ¿Por qué la vida entrelazaba nuestros laberintos? ¿Por qué la historia de los locos era contada dos veces desde perspectivas tamizadas por una diferencia de cincuenta años?

¡Se volvían a meter en mi vida! ¡De nuevo invadían un espacio que yo creía sólo mío! ¿Quién diablos me había tejido esta jugarreta? ¡Yo sólo quería mi lugar, que la única voz que se escuchara fuera la mía! ¿Podríamos limpiar lo que se contaminaba una vez más?

Necesité hablar con ella, la misma del cuaderno, escupirle mi dolor, coraje, frustración, tristeza, decepción, y ese miedo a la enfermedad que persigue a mi familia. ¿Podría escaparme? Quería entender, quizá lo poco que se puede masticar cuando se sabe que hay secuelas de locura, la que ha corrido detrás de mí, punzante.

Patricia, ¡¿qué pasó?! ¿Quién, qué mano, rostro, energía, espejismo, dios, hado, me puso en el camino que ya habían trazado ustedes dos? El eterno retorno, un círculo inacabado, la misma familia, los mismos nombres, tía y sobrina contando historias de abuso, cobardía, abandono, sadismo, violencia, manipulación...

Se fueron calmando las aguas y decidimos seguir, sentadas frente a frente, veinte años después, para compartirle mi lucha, mi enojo, los guantes de box que me enfundo en todo momento y en cualquier lugar, ¡porque nadie puede ni debe hacerme daño!

El chiste es que nada de lo que estaba pasando era una coincidencia. Por alguna razón nuestras historias llegaron a su consultorio. Por



algo mi cuadro favorito de Remedios Varo, el Vent Vert –yo tengo el primero que usó y tal vez Patricia el último–, la máscara, el búho, los ojos fijos de Averdec. Mi tía Maruza y yo necesitamos ojos, ojos que nos ha reflejado la mirada de Patricia.

Cumplí cuarenta años nueve días antes de sus noventa. Comimos en su departamento, el mismo y no, ya deteriorado por el tiempo, que no perdona a nada ni a nadie. Reímos, disfrutó de una ensalada, sobre todo del aderezo de cilantro y de un queso Port Salut. ¡Qué alegría volver a compartir una comida para festejar sus nueve décadas!

Además, se encargó de decirme que el tapete que había traído de Hungría y que siempre me gustó, era mío. También el cuadro, su cuadro, el de *Hasta la tercera y cuarta generación*; fondo oscuro, flores rojas abiertas contenidas en barro y unos cuantos pétalos caídos, el que siempre me topé arriba de la cabecera de su cama. Ahí estuve, casi un año antes de un adiós solitario y de un gerundio que me dejó fría: “Tu tía está falleciendo”...

Y Mátyás, ¿realmente se murió sonriendo o fue una más de las fantasías de Maruza? Ella, Patricia, nuestra confidente, sabe más que yo...

Amanda Estebanez

## MUROS DE CRISTAL

Acceptar nuestra vulnerabilidad en lugar de tratar de ocultarla es la mejor manera de adaptarse a la realidad.

David Viscott

Pobres paredes que un día intentaron ser ceñidas por el criterio estético y precario de quien no resistía su propia imperfección. Ajustadas a perpetuidad, reducidas a encogidos espacios y luchando siempre por librarse, ahogaron el llanto furioso de Patricia, una niña asomada apenas a los primeros tintes rojizos de su lacerada intimidad.

Qué sabio su cuerpo que, mutilado y encallado en esa mente pequeña, encontró la forma engrandecida de pagar el precio por mantener su razón, ponderando una enclenque cordura, pero con un tiento y un aplomo de formalidad que logró conservar la sensatez de la prudencia para no ser devorada por esa mirada envidiosa de quien tendría que haber dado la vida con su amor, pero que a cambio esculpió la muerte con la frialdad de su desamor.

Qué pena me da esa niña que, al mirarse al espejo, le era devuelto el candor de sus grandes ojos negros y todavía con credulidad y sencillez constataba su belleza infantil con picardía y asombro.

¿Qué le pasó?, ¿a dónde fue a parar el brillo deslumbrante de sus ojos?, ¿qué fue de su certeza?, ¿dónde fue que se arrumbaron su fe, su persuasión y su confianza?, ¿qué fuerzas devastaron su verdad y su convicción?, ¿qué misteriosa voluntad transformó su brío y su osadía en timidez y muerte?

Cuántos y cuántos interrogantes entreverados con los años, en un intento de descifrar esos porqués inexplicables que, aparte de disipar el lustre en la mirada, opacaron cualquier posibilidad de intimidad.

La escisión hizo su efecto, y la separación y el aislamiento, su aparición. No había forma ya de contener la soledad que a borbotones se extendía por cada poro; sólo quedaba la ilusoria sensación de esconderse en una piel engrosada a jalones y estirones.

Una piel frágil que desde el nacimiento fue la evidencia sutil del desánimo y la orfandad y que gritaba, a través de la virulencia, su dolor, el encono de su irritación y su enfado. Una piel que sirvió más tarde de guarida y refugio ante los embates de caricias anheladas, aunque recibidas luego con la restricción de quien por años fue domado, subyugado, sometido. Una piel que, vencida en la batalla, dio mil veces de sí, traspasó sus propios límites y, volviéndose flácida, se transformó en la expresión viva de un reclamo ahogado por siempre en la garganta.

En definitiva, una piel que con los años se convirtió en la envoltura delicada de sentimientos y emociones que, aún hoy día, siguen necesiéndola para escribir en ella parte de su historia; una historia que después de un buen puñado de décadas, sigue siendo de lucha constante por estar en el mundo de una manera diferente; más libre, más aliviada, más satisfecha y contenta.

## ¡FINALMENTE!

La experiencia es algo maravilloso, pero lamentablemente siempre llega tarde.

Marco Tulio Cicerón

Hay tendencias que no cambian; recuerdos que jamás se modifican, tristezas que sanan a medias, y heridas que, aunque cicatrizan, seguirán doliendo al recargarse en ellas. Aun así, lo que en un tiempo prolongado fue razón de sufrimiento, a la larga, sin duda, se transformó en el motor de mi existencia.

Después de esa ruptura visible y aparatosa con mis padres, la Iglesia y el mismísimo Dios, tuve que tender un puente de compasión y amor para recuperar a esa niña ávida de espiritualidad que, por rechazar la fe dogmática y anquilosada, se perdió y quedó aislada en un mundo árido, gris y de contacto permanente con la muerte, siendo que Dios era para ella una de las experiencias inmediatas más seguras.

Dicen por ahí que “el tiempo cura las heridas”; lo cierto es que sin los moretones del trabajo personal, el tiempo sólo sucedería de manera estéril. Lo que verdaderamente transforma es la inmersión en el mundo interno, ese mundo luminoso que olvidamos al tener la mirada puesta en el afuera.

He tenido el privilegio de que mi trabajo vaya ligado a lo que estoy cierta es mi misión en la vida, y gracias al acercamiento cotidiano al dolor y el sufrimiento he ido comprendiendo, con mucho esfuerzo, que el verdadero sentido de la existencia es la entrega

sin restricciones ni reservas al servicio de otros; tarea de gran compromiso y responsabilidad en la que muchas veces me quiero rajar, pues implica una constante lucha interna y con mi historia, la descalificación inmediata de cada uno de los hechos de mi propia vida.

Mi posición como terapeuta me ha hecho sentir la responsabilidad de enseñar a otros a caminar hacia la luz del autoconocimiento y a su propia perfección. Un reto exigente en el que no puedo olvidar que, ante todo y sobre todo, los demás están primero y que sólo si logro la humildad en la victoria, podré triunfar; únicamente en el desarrollo del difícil y a veces imposible amor incondicional se abrirán las puertas hacia una nueva dimensión espiritual.

Años y años para concluir que esa sensibilidad dolorosa de niña y adolescente ha sido la misma que, encauzada en lo positivo, me ha permitido sentir ese anhelo profundo de contacto con mi esencia y convertirla en todo momento en mi inspiración. Quién me iba a decir que aquellos años tormentosos, entre llantos y abusos, me ayudarían a responder compasivamente frente al dolor y el sufrimiento ajenos.

Cómo adivinar que ese estar siempre pendiente y alerta de mi entorno, como medida defensiva, se convertiría más adelante en aguda observación, en una mente penetrante a la que no se le escapa ningún detalle.

Siempre he creído que hay una razón profunda del porqué ciertas personas se cruzan en nuestra vida, y en el trabajo terapéutico esto ha sido contundente. Cuando un paciente toca las puertas de mi consultorio y se sienta frente a mí, sesión tras sesión se va develando ese misterio que, como espejo, me enfrenta a una nueva forma de resolver mi problemática. Con fachadas diferentes, con circunstancias de vida opuestas y a veces en medio de escenarios desconocidos, los pacientes vienen a mostrarme cómo le hacen para ir lidiando con sus enigmas, sus secretos y su propia angustia e incertidumbre.

Fue así cómo, con veinte años de diferencia, llegaron a mi vida Maruza y Amanda, quienes tuvieron la confianza de desnudar su alma y me dejaron acompañarlas a atravesar sus infiernos para descubrir y rescatar, de esta manera, su parte más luminosa. Y en esta loca coincidencia, lo que ahora soy tiene que ver con su presencia.